

BOLSILIBROS
BRUGUERA
SS
SERIE
SERVICIO SECRETO

su muerto no la olvida

KEITH LUGER



Ursula Welman se dio unos toquecitos de esencia en las orejas.

Se miró en el espejo y éste le devolvió su imagen.

Tenía veintitrés años y era bonita y hermosa. Y aquella noche, justamente, le interesaba estar más bonita y hermosa que nunca, porque Pat Francis le pediría que fuese su esposa.

No se trataba de un presentimiento, sino de una seguridad. Era su intuición femenina la que le advertía, de que había llegado aquel momento.

Había estado saliendo durante un par de meses con Pat Francis. Y él fue siempre con ella galante y correcto. Habían sostenido largas conversaciones sobre los más variados temas, y ambos se fueron dando cuenta de que tenían muchos puntos de contacto.



Keith Luger

Su muerto no la olvida

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1098

ePub r1.0

Lds 15.03.18

Título original: *Su muerto no la olvida*

Keith Luger, 1971

Cubierta: José Triay

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Ursula Welman se dio unos toquecitos de esencia en las orejas.

Se miró en el espejo y éste le devolvió su imagen.

Tenía veintitrés años y era bonita y hermosa. Y aquella noche, justamente, le interesaba estar más bonita y hermosa que nunca, porque Pat Francis le pediría que fuese su esposa.

No se trataba de un presentimiento, sino de una seguridad. Era su intuición femenina la que le advertía, de que había llegado aquel momento.

Había estado saliendo durante un par de meses con Pat Francis. Y él fue siempre con ella galante y correcto. Habían sostenido largas conversaciones sobre los más variados temas, y ambos se fueron dando cuenta de que tenían muchos puntos de contacto.

La noche anterior, Pat Francis le había hablado del matrimonio. Pero de una forma impersonal. Necesitaba casarse porque ya había cumplido los treinta años. Como cirujano, estaba avanzando rápidamente hacia la cumbre. Su clínica era una de las mejores de la ciudad porque atendía a la clientela de la clase más alta. Ganaba mucho dinero. Acudía a congresos internacionales. Lo tenía todo, excepto una mujer. Y un doctor famoso necesitaba una esposa bella, comprensiva, que brillase en las reuniones sociales...

Estaba claro. Pat Francis le pediría que fuese su mujer, y ella le contestaría afirmativamente.

Preguntó a su propia imagen:

«¿Estás enamorada de él, Ursula?».

El espejo, naturalmente, no le contestó.

«Ursula, Pat Francis es guapo, alto, varonil —agregó—. Y por añadidura, es un cirujano considerado como una eminencia dentro de su especialidad. Tienes que enamorarte, ¿lo oyes, Ursula? Déjate

de tonterías. ¿Qué eres tú? Sólo una diseñadora de modas. No te va mal en tu negocio, pero también tienes que pensar en los hijos. Tú quieres tener hijos. Sí, señor, quieres ser una madre, y para ser una madre, has de ser una esposa, a menos que quieras pasar por una granujilla. Y tú no eres una granuja, Ursula. Ah, eso sí que no».

El teléfono empezó a sonar.

Consultó su reloj. Eran las cinco y estaba citada con Pat Francis a las seis. Seguro que sería él para recordarle la cita o para disculparse porque había surgido una emergencia.

Descolgó:

—¿Sí?

—¿Ursula Welman?

No, no era Pat Francis. La voz de Pat era bien timbrada, y la que le llegaba por el auricular era ronca.

—Efectivamente. Soy Ursula Welman. ¿Con quién hablo?

—Con su muerto.

—¿Con quién ha dicho?

—Con su muerto, señorita Welman.

—¿Está borracho?

Le llegó una risita por el otro lado.

—No, señorita Welman, no estoy ebrio.

—Entonces, debe haberse equivocado. La persona que usted quería embromar no soy yo.

—Olvida algo. Que pregunté por su nombre, y usted me dijo que es Ursula Welman. Y eso significa que no pretendía hablar con otra persona.

La voz de aquel hombre estaba cargada de furia.

—Voy a colgar, señor como se llame.

—No cuelgue, señorita Welman. No cuelgue.

—Perdone, pero no me gusta oír tonterías —dijo Ursula, y colgó el auricular.

Un gracioso. Eso era. Un tipo que pretendía hacerse el gracioso.

Se dirigió al espejo para mirarse otra vez, pero el teléfono volvió a sonar.

Se sintió irritada.

¿Sería otra vez aquel hombre?

Descolgó. Pero no dijo nada.

—¿Señorita Welman?

Sí, era otra vez él.

—¿Quién diablos es usted?

—¿Necesita que se lo repita? Soy su muerto.

—¿Por qué no acaba de una vez con su broma?

—Conque piensa que es una broma...

—¿Adónde quiere llegar? ¿Sabe que puedo llamar a la policía?

Ellos localizarían su llamada. Está haciendo algo contrario a la ley.

—Un muerto no puede hacer nada contrario a la ley, señorita Welman. Por una sencilla razón. Porque no existe.

Ursula sintió un escalofrío por la espalda.

—Creo que ya tengo la respuesta.

—¿Ah, sí?

—Usted está chiflado.

Le llegó una risita.

—Conque piensa que estoy perturbado.

—Quizá no necesite la camisa de fuerza, pero indudablemente está mal de la cabeza. ¿Quién es usted?

—Lo sabrá a su debido tiempo. Cuando vaya a matarla.

—¿Qué?

—Cuando vaya a matarla.

Ahora Ursula sintió el frío en la sangre.

—En cuanto cuelgue llamaré a la policía.

—Puede llamar a la policía de la ciudad. Al FBI. A toda la policía del mundo. Pero ni diez policías ni veinte, ni cien, impedirán que yo la mate. ¿Lo oye? Usted tiene que hacerme compañía. Sí, señorita Welman, yo estoy en el cementerio. Allí descansan mis huesos y usted también ocupará una fosa, y será muy pronto...

Se cortó la comunicación.

Ursula golpeó el auricular.

—¡Oiga!... ¡Oiga!...

Sólo oyó el zumbido de la línea desocupada.

Dejó lentamente el auricular en la horquilla.

¿Por qué? ¿Por qué la habían elegido a ella? No, no le tenía que dar demasiada importancia al hecho. La habían elegido al azar. Nueva York era una ciudad con muchos millones de habitantes, con hombres como aquél que le acababa de llamar. Un tipo enfermo. Eso tenía que ser. Un retrasado mental, cogió la guía telefónica y lo echó a suerte. Simplemente movió la yema del dedo por la larga

lista de abonados. Y el dedo se había parado en un nombre. En el de Ursula Welman. Era la explicación. No había otra. Quizá en aquellos momentos el tipo que supuestamente estaba descansando en el cementerio, se estaría riendo de ella, satisfecho porque había logrado asustarla.

Sonrió. Efectivamente, el desconocido había logrado asustarla, pero ya tenía la explicación y debía olvidar el incidente.

Sólo había sido eso. Un pequeño y trivial incidente.

De pronto, sonó otra vez el teléfono.

Se volvió dando un grito.

Esta vez el muerto se iba a acordar de ella. Ahora ya sabía la clase de broma que gastaba el desconocido.

Descolgó y dijo por el micro:

—¿Por qué no me deja en paz? ¿Por qué no lo intenta con otra?

—¿Ursula? ¿Eres tú Ursula?

Era la voz de Pat Francis.

Ursula se mordió el labio inferior. Se había puesto demasiado nerviosa.

—Perdona, Pat.

—¿Con quién creías hablar?

—Te lo contaré luego.

—Te lo agradezco porque he de recibir todavía a un par de enfermos.

—¿Por qué llamabas?

—Sólo para recordarte que a las seis en punto pasaré a recogerte.

—No lo podía olvidar, Pat.

—¿Alguien te está molestando?

—Sí.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Pat, te he dicho que te lo contaré luego. No quiero robar el tiempo a tus clientes.

—Sí, me pagan demasiado bien para que les reste minutos.

—Hasta luego, Pat.

—Sólo quería agregar una cosa, Ursula.

—¿El qué?

—Que he estado todo el día pensando en ti. —Luego, él colgó.

Ursula también dejó el receptor en la horquilla.

Sus labios volvían a sonreír. Repitió en un murmullo las palabras de Pat Francis:

—He estado todo el día pensando en ti.

Dio una vuelta sobre sí misma. Estaba alegre. Tenía que estarlo. Su intuición femenina no le iba a fallar. Pat le pediría que fuese su mujer y le iba a contestar que sí, que deseaba ser la señora Francis.

Sonó otra vez el timbre y Ursula se quedó muy seria. Pero esta vez no era el timbre del teléfono, sino el de la puerta.

Acudió a abrir. Delante de ella vio a una joven de unos veinticinco años, muy atractiva, con unas curvas pronunciadas. Mascaba goma.

—Hola, rica —dijo la desconocida, y entró en el apartamento.

—Eh, usted, ¿dónde va?

—¿Dónde está él?

—¿El? ¿Quién es él?

—Oye, nena, si tú llegaste primera, sólo probaste una cosa. Que eres más rápida. No se te suban los humos a la cabeza. Me han dicho que eres campeona de judo, pero no creas que yo soy manca.

Ursula se dijo que le estaban ocurriendo las cosas más extrañas de su vida. Primero el teléfono y luego aquella mujer que se había metido en su apartamento diciendo cosas absurdas.

—Oiga, ¿quién es usted?

—Mi nombre es Nora Corey.

—Pues salga inmediatamente de aquí, señorita Corey.

—De eso nada, muñeca. Yo he venido aquí como tú, a ganarme el dinerito. Anda, dile a ese grandullón que salga y enseguida empezaremos nuestra pelea.

—¿Qué pelea?

—La que tú y yo tenemos que armar en obsequio del grandullón.

—¡Oiga, aquí no hay ningún grandullón! ¡Yo soy la única inquilina de este apartamento y mi nombre es Ursula Welman!

Sonó otra vez el timbre. La puerta había quedado abierta de modo que Ursula no necesitó abrir.

Y en el hueco vio a un hombre de unos veintiocho años, alto, moreno de ojos azules.

—Hola, señorita Welman.

—¿Me conoce?

—Sí, de vista.

—¿Y quién es usted, si puede saberse?

—El grandullón.

CAPÍTULO II

Ursula Welman se había quedado perpleja al oír la respuesta de aquel hombre.

La joven de las curvas pronunciadas, Nora Corey, levantó una mano.

—Hola, Robert. Ya estoy preparada. Y tengo algo especial para ti. El «salto de la pantera negra». Cogeré a esta chica por el cuello y estarás dispuesto a jurar que se lo voy a quebrar en dos trozos... Pero sólo se trata de una llave de fantasía. La chica dará una vuelta de campana y quedará tendida sin que haya recibido un solo rasguño. He ensayado el número para ti, grandullón, y te apuesto a que sale bien.

Ursula estaba con la boca abierta.

—Oiga, grandullón. ¿Cómo se llama? Porque tendrá su nombre.

—Lo tengo, mis padres se preocuparon de eso. Robert Kerrigan.

—¿Me quiere decir lo que está pasando aquí, señor Kerrigan?

—Sí, señorita, se lo voy a decir.

—Estoy deseando oír su explicación.

—Verá, señorita Welman, ha habido un error.

—¿Ah, sí?

—Acabo de mudarme al apartamento de al lado. Somos vecinos.

—Qué gran noticia.

—Soy escritor... De momento, escribo guiones para la televisión. Pero algún día escribiré una novela buena, ya sabe, una de esas que ganan el premio Pulitzer.

—Enhorabuena.

—Pero hasta que llegue el momento de que gane el Pulitzer, escribo guiones de esos que les gustan a ustedes.

—Señor Kerrigan, yo no veo casi nunca la televisión.

—Lo siento.

—Sigo esperando su explicación.

—Señorita Welman, yo hago lo posible por basar en la realidad las aventuras que escribo... Y también procuro dar la mayor verosimilitud a mis trucos. Contraté a la señorita Nora Corey, y a otra joven... Nora ya ha hecho trabajos para mí otras veces. Es estupenda. Pelea como nadie.

—Oh, sí, acabo de enterarme que puede simular cómo fractura mi cuello. Pero lamento echar por tierra sus experimentos, señor Kerrigan. No me voy a prestar para que la señorita Corey realice su truco conmigo.

—Oh, no, de ninguna forma esperaba eso de usted.

—Qué bueno para mí que no lo espere.

—Señorita Welman, Nora se equivocó. Quiero decir que llamó a su apartamento en lugar de llamar al mío. ¿Lo comprende?

—Se ha explicado usted muy bien.

—Lo celebro. ¿Cenamos juntos?

—No, señor Kerrigan. Ya estoy comprometida.

—¿Mañana?

—No, señor Kerrigan. También estaré comprometida.

—¿Pasado?

—No, señor Kerrigan. No pienso cenar con usted nunca. Entre otras cosas, porque podría utilizar uno de sus trucos. Por ejemplo, echarme una ración de veneno para saber qué efecto produciría en sus guiones de televisión.

Robert Kerrigan sonrió y al hacerlo se le formó un hoyuelo en cada mejilla.

—Señorita Welman, me gusta su sentido del humor. Estoy seguro de que vamos a ser buenos vecinos.

—No paso mucho tiempo en mi apartamento, señor Kerrigan. Sólo vengo para dormir o para cambiarme. Me temo que no habrá muchas oportunidades para que usted y yo nos veamos.

—Quién sabe. Nora, al trabajo.

—Sí, grandullón.

Nora Corey se acercó a la joven.

—¿Sabe una cosa, muñeca?

Ursula la imitó y, poniendo un brazo en jarras, dijo:

—¿Qué preciosa?

—Que me hubiese gustado hacer el numerito con usted. Parece mentira que trate tan mal al señor Kerrigan, después que él la ha invitado a cenar. Pero es mejor que no haga el «salto de la pantera negra» con usted, porque podría sentir la tentación de partirle el cuello de verdad.

—Muchas gracias, muñeca. Y ahora, ¿quiere marcharse ya para hacer el numerito en el otro apartamento?

—Sí, es mejor que me marche, porque me están dando ganas de hacerle la permanente con estos deditos que trabajan muy bien, cuando yo quiero.

Nora Corey salió del apartamento y se marchó por el corredor. Pero Robert Kerrigan continuó en el hueco, apoyándose en el marco.

—No sabe cuánto siento esta confusión, señorita Welman.

—Ya pasó todo.

—Olvide la amenaza de Nora... Es una chica un poco exaltada y me quiere mucho.

—¿Y la otra, la que sufrirá la supuesta fractura de cuello? ¿También le quiere mucho?

—Oh, sí, también.

—Usted no se priva de nada.

—No piense mal, señorita Welman. Yo estoy haciendo mi trabajo. Simplemente eso. Mi trabajo.

—Pues vaya a hacerlo, no vaya a ser que se impaciente la señorita Corey y cometa un desmán con la otra.

—No trabajan hasta que yo no llego. Podemos seguir hablando de nuestras cosas.

—Usted y yo no tenemos nada de qué hablar, señor Kerrigan.

—Está muy mona con ese vestido.

—¿Eh?

—Que le sienta muy bien ese vestido de noche.

—Es usted muy observador.

—Si yo no me diese cuenta de lo que tengo delante, no me dedicaría a escribir. —El la repasó con la mirada de los pies a la cabeza—. Sí, señor, está usted pero que muy bien.

—¿Ya terminó el examen?

—Sólo me falta agregar que su perfume me gusta mucho. Cazaré su pieza.

—¿Cazaré mi pieza? ¿Qué quiere decir?

—Que si ha pensado que caiga en sus brazos el hombre con el que usted va a cenar, se saldrá con la suya.

—Señor Kerrigan, ¿cómo se atreve a hablarme así?

—No he querido molestarla. Recuerde que soy guionista y, a veces, mis diálogos son un poco parecidos a los diálogos de mis personajes. Usted me comprende, ¿verdad? Por ejemplo, ahora estoy haciendo un guión en el que el protagonista es un hombre con una gran personalidad. Chica que ve, chica que se mete en el bolsillo.

—Les guiña el ojo, ¿eh?

—No, señorita Welman. En eso consiste su personalidad. En la que las atrapa sin que él haga nada. Ni un guiño. Por ejemplo, está con una chica como usted y yo estamos ahora. El se limita a comportarse con naturalidad. La mira a los ojos como yo la miro. Y de pronto...

—¿De pronto?

—De pronto ella siente algo especial.

—¿Qué cosa?

—¿Qué va a ser? Se siente atraída por él.

—¿Y qué pasa entonces?

—Que él se da cuenta y no tiene más que pasarle el brazo por la cintura.

Kerrigan pasó su brazo por la cintura de Ursula y ella no protestó.

—Entonces, él la atrae hacia sí.

Kerrigan atrajo a Ursula hacia su cuerpo.

—Y luego, con la mayor naturalidad, él la besa.

Kerrigan besó la boca de Ursula.

El beso duró como treinta segundos. Él se separó y dijo:

—Así le pasan las cosas a mi protagonista, señorita Welman.

—Le faltó algo, señor Kerrigan.

—¿Sí?

—Esto —dijo Ursula, y le soltó una bofetada en la cara.

Robert se tambaleó en el corredor.

—¡Eh, señorita Welman! A mi protagonista no le pasa nunca eso. Recuerde, tiene una gran personalidad.

—Métase algo en la cabeza, señor Kerrigan. Usted no tiene

ninguna personalidad para mí, ¿lo entiende? ¡Ninguna!

Ursula cerró de un portazo.

¿Quién se había creído que era Robert Kerrigan? Ella lo sabía ahora. Un caradura. Sí, eso era. Con qué desfachatez la había besado. Era un fresco, el tipo más fresco que ella había conocido en su vida. Pero ¿qué podía esperar de un tipo que reunía en su apartamento a chicas como Nora Corey y a la otra, como quiera que se llamase, para que hiciesen delante de él el «salto de la pantera negra»?

Tenía que entretenerse en algo hasta que llegase Pat.

Cogió un libro de la biblioteca. Era una novela de reciente aparición y que se vendía por millones de ejemplares.

Al cabo de un rato, se dio cuenta de que había pasado cuatro páginas y no sabía lo que había leído. Estaba pensando en Robert Kerrigan. No había reparado en él y Kerrigan la conocía. Quizá habían coincidido en el ascensor o al entrar en la casa... Y él era guionista de la televisión. ¿No sería Robert Kerrigan el que la habría llamado haciéndose pasar por un muerto? Sí, Kerrigan tenía la suficiente imaginación para hacer una cosa como ésa. Cerró el libro con fuerza. Le iba a ajustar las cimentas. Abrió la puerta y salió al corredor, yendo al apartamento vecino.

Apretó el timbre. Tuvo que esperar unos instantes y al fin, Robert Kerrigan abrió.

—¿Es usted, señorita Welman? ¿Quiere pasar? Nora y Paola van a empezar su salto.

—¡No me interesa ver ninguna clase de salto, señor Kerrigan! Sólo vine a decirle que se le ocurrió a usted una broma de muy mal gusto...

—Ya le dije que Nora se metió en su apartamento por confusión.

—Me refiero a lo otro.

—¿Lo otro?

—Su llamada telefónica.

—No sé de qué me habla, señorita Welman.

—Déjese de historias, señor Kerrigan. Yo sé por qué me llamó. Quiso meterme el miedo en el cuerpo para luego hacerse pasar por un hombre en el que yo podría confiar. Esperó que, después de la llamada, yo saldría de mi apartamento asustada. ¿Y a quién acudiría en busca de auxilio? A mi vecino más próximo. A usted.

Pero se equivocó, señor Kerrigan. No fui en su busca, y entonces montó el numerito de la confusión de Nora.

—¿Ya terminó, señorita Welman?

—Sí, ya acabé con usted para siempre.

—Entonces, déjeme que le aclare una cosa. Yo no le hice ninguna llamada telefónica. Y le repito una vez más que Nora entró en su apartamento porque lo confundió con el mío. Y para que yo acabe, sólo me falta agregar una cosa. Que no pienso invitarla a cenar si no cambia. Tiene usted muy mal genio, y a mí no me gustan las mujeres de mal genio, por muy hermosas que sean.

—Oh, no, a usted le gustan las que caen en sus brazos rápidamente, sin necesidad de guiñarles un ojo.

—Admito que ésas me gustan más que usted.

—¡Señor Kerrigan, creo que a sus alumnas se les está haciendo tarde para ejecutar el número!

—No, no se les está haciendo tarde. Ellas se encuentran muy bien aquí, y no están citadas con ningún hombre al que pretenden cazar.

—¡Yo no voy a cazar a nadie!... Es usted el ser más entrometido y más impertinente que se ha cruzado en mi camino.

—Y usted la mujer más creidilla con que me he tropezado hasta ahora.

—¿Yo creidilla?

—Usted se cree la mujer más encantadora, más deliciosa del planeta, y además, quiere tener razón en todo. He tratado de darle explicaciones respecto al incidente de antes, pero usted se empeña en creer que yo lo hice intencionadamente. Todo fue preparado por mí. Hasta esa llamada telefónica. No, señorita Welman, no la llamé por teléfono. Ni tampoco preparé un truco para conocerla. Y ahora que la he conocido, le diré que me alegra mucho no haberla conocido antes.

Robert Kerrigan fue ahora quien pegó el portazo.

Ursula se quedó llena de furia, los puños cerrados contra los muslos. Regresó a su apartamento. Tomó café, fumó dos cigarrillos y seguía furiosa.

Sonó el timbre de la puerta y salió a abrir, diciendo:

—Señor Kerrigan, es usted un...

Pero no era Robert Kerrigan, sino Pat Francis, el cual, con el

ceño fruncido, inquirió:

—¿Qué pasa, Ursula? ¿Quién es Kerrigan?

—El desagradable vecino que me ha tocado en suerte. Por favor, Pat, sácame de aquí. El aire de esta casa se ha convertido en irrespirable.

—Parece que tienes mucho que contarme —sonrió Pat.

Y Ursula se lo contó todo, mientras viajaban en el coche hacia el restaurante.

Cuando ella hubo terminado, Pat Francis, dijo:

—Son dos historias distintas. A la llamada telefónica, no le debes dar importancia. Es lo que tú dices, un estúpido bromista... En cuanto a la segunda historia, tu vecino me parece un tipo bastante alocado. Olvídalo.

Durante la cena o mientras bailaba con Pat Francis, Ursula no logró olvidar su imagen, la de Robert Kerrigan abarcándola por la cintura, atrayéndola hacia él y, por último, besándola en los labios...

Demonios, ¿por qué no borraba aquel hecho de su mente? La habían besado otras veces y nunca le había producido aquel efecto. Sólo había una explicación. Robert Kerrigan era un profesional. Sí, un fresco guionista de la televisión, que quería vivir los papeles de sus protagonistas, la realidad de la ficción, y hasta es posible que ahora estuviese besando a Nora Corey o a la otra chica, Paola.

De pronto oyó la voz de Pat Francis.

—¿Qué me contestas, Ursula?

—¿Contestarte?

—Pero, Ursula, te estoy preguntando si quieres casarte conmigo.

CAPÍTULO III

—¿Casarme?

—Sí, eso que hacen un hombre y una mujer cuando se quieren.
Ursula se sintió avergonzada.

Había estado esperando esa declaración de amor y pensó en ella durante toda la tarde. Bueno, durante toda, no, porque luego había aparecido aquel Robert Kerrigan en su vida y todo lo había cambiado. ¿Todo? Oh, no, de ninguna manera.

Robert Kerrigan no iba a cambiar nada.

—Sí, Robert, seré tu mujer.

—¿Robert?

—Pat, quise decir Pat.

—Pero dijiste Robert... Y me imagino que el nombre completo es Robert Kerrigan.

—Sí, Pat, es Robert Kerrigan..., pero no tiene nada que ver conmigo.

—Salvo que es tu vecino.

—Sólo es mi vecino desde hoy. Quiero decir que lo supe hoy.

Pat dio un suspiro.

—Me parece que no fui oportuno.

—Claro que lo fuiste, Pat. Y para demostrártelo, tienes que oírme lo siguiente. Y esta vez lo diré con todas las palabras. Como debe ser —la joven hizo una pausa; y agregó, mientras lo miraba a los ojos—: Quiero ser tu mujer, Pat Francis. ¿Me oyes? He dicho Pat Francis. Y seré muy gustosa la señora Francis.

—Cariño, ¿estás segura?

—Claro que lo estoy.

—Te quiero, Ursula.

—Y yo te quiero a ti, Pat.

La besó con suavidad en la comisura de los labios.

Ursula sintió ganas de reír. Pat le había hecho cosquillas. Caramba, ahora se acordaba del beso de Kerrigan, y el guionista de la televisión no le había hecho cosquillas con su beso. Nada de cosquillas.

¿Qué infiernos había sentido ella cuando Robert Kerrigan la besó?

«Contesta, Ursula. Sí, respóndete a ti misma. ¿Qué es lo que sentiste? Y no seas hipocritilla. El beso de Kerrigan te gustó. Y mucho».

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz de Pat.

—Nos casaremos en dos semanas, Ursula.

—Mañana.

—¿Mañana?

—Sí, Pat.

—Oh, no es posible.

—¿Por qué no?

—Recuerda mi clínica... Tengo muchos pacientes que atender. He preparado varias intervenciones... Operaciones... Verás, Ursula, te lo hubiese pedido antes, pero no podía ser... Todo lo estuve preparando.

Ursula arrugó el ceño.

—¿Lo estuviste preparando?

—Sí, Ursula, tenía que hacerlo. No podía abandonar a mis enfermos. Durante las dos próximas semanas me pasaré mucho tiempo en el quirófano... Luego, podremos casarnos, y ya no serán tan urgentes mis servicios. Pasaremos la luna de miel no lejos de Nueva York, por si acaso. Ya sabes, un doctor como yo no puede permitirse unas vacaciones muy largas.

Ursula estaba asombrada. Así que él también había tenido en cuenta hasta su respuesta afirmativa. Sí, Pat Francis sabía que ella lo iba a aceptar como marido, y por ello había trazado su plan de trabajo.

—Querida, tengo que llevarte a casa.

—¿Tan pronto?

—Hice una operación esta tarde. Fue complicada. Tengo que ver al paciente.

—Pero tienes dos ayudantes.

—Hay cosas que prefiero examinarlas por mí mismo.

—Está bien, nos iremos.

En el camino de regreso, Ursula encendió un cigarrillo, y, con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos entornados, pensó que las cosas no habían sucedido tal como esperaba. La declaración de Pat no había sido romántica, y lo que siguió después, fue menos romántico todavía.

Habían llegado a su casa, pero él tuvo que recordárselo de pie en la acera.

—Querida, hemos llegado.

Ursula saltó del vehículo. Se puso al lado de él.

Pat la cogió por el brazo.

—Te dejaré en tu apartamento.

—No hace falta que te molestes, Pat.

—No es ninguna molestia.

—Después de todo, no te vas a quedar siquiera a tomar una copa.

—No.

—Entonces será mejor que nos despidamos aquí. Así podrás llegar más pronto a tu clínica.

Pat consultó su reloj.

—Bueno, ganaré cinco minutos y me vendrán bien. Eres maravillosa por hacerte cargo de mis obligaciones.

Se inclinó sobre ella y otra vez le dio un beso en la comisura de los labios.

—Hasta mañana, Ursula.

—Hasta mañana, Pat.

Ella se quedó en la acera, los brazos cruzados, viendo cómo el coche de él se alejaba.

De pronto, a sus espaldas, oyó el rugido de un motor y luego los chirridos de los neumáticos.

Volvió la cabeza y vio llegar a Robert Kerrigan en un coche deportivo.

El guionista salió del vehículo y al verla le hizo un saludo con la mano.

—Hola, señorita Welman. ¿Ya terminó su compromiso?

Ella levantó la barbilla.

—No tengo que darle cuenta de mis actos.

El cerró la portezuela del coche.

—No le estaba pidiendo cuenta de sus actos. Simplemente, trataba de ser amable.

—¿Por qué?

—Porque los vecinos deben ser amables.

Ursula se sintió irritada. No le gustaba que aquel hombre le diese lecciones de convivencia.

—Buenas noches, señor Kerrigan.

Ella se dirigió hacia la casa y él fue detrás.

Ella se detuvo.

—¿Es que me va a seguir?

—Señorita Welman, no la estoy siguiendo —él enseñó unas llaves—. Yo también vivo aquí.

Ursula entró en la casa y Kerrigan también lo hizo. El se adelantó para abrirle el ascensor.

—Tenemos que viajar juntos, señorita Welman.

—Por lo visto es inevitable.

El ascensor comenzó a subir.

Kerrigan se puso a silbar.

—¿Qué tal le fue? —preguntó ella, de pronto.

—¿Se refiere al número de Nora y Paola?

—Sí.

—Extraordinario. Nora tenía razón. Ha conseguido un gran efecto con su «salto de la pantera negra». Dio la impresión de que fracturaba el cuello de Paola. Pero, naturalmente, no le hizo nada.

—Y usted lo incluirá en su guión.

—Sí.

—Dice muy poco en favor de su imaginación... El mérito es de Nora y no de usted.

—Ese número, sólo forma parte de una pelea que se organiza en el transcurso de la acción. Y el argumento, su desarrollo y todo lo que pasa, es mío —se tocó la frente—. Ha salido de aquí. El hecho de que un escritor utilice seres humanos para su trabajo, sólo significa que quiere ofrecer algo que se parezca a la realidad... Por lo menos, es mi forma de ver las cosas. Quiero que cuando un espectador vea algo mío, diga: «Eso está bien. Los personajes son seres humanos y lo que les pasa, le podría pasar a cualquiera».

—No me interesan sus lecciones sobre novelística.

—Usted preguntó y yo le contesté.

El ascensor se detuvo. Kerrigan abrió la puerta y le cedió el paso.

—Adiós —dijo ella.

—¿Me aceptaría una copa?

—¿Qué ha dicho?

—Que si aceptaría tomar un trago en mi apartamento.

—Claro que no.

—Hago buenos filetes.

—No tengo hambre.

—Si quiere oír discos...

—Yo también tengo discos.

—Los míos son muy interesantes.

—Imagino cuáles son los suyos. Ruidos especiales para sus trabajos.

—Tengo de todo. Puede elegir entre un amanecer y el campo o una pieza de auténtico *jazz* en el estilo de San Louis, Nueva Orleans, o el de Nueva York.

Ursula bostezó.

—Tengo sueño, señor Kerrigan. Quiero dormir. Además, debo decirle algo muy importante.

—¿De qué se trata?

—Le dije que sí.

—¿Le dijo que sí?

—Esta noche alguien me pidió que me casase con él.

—¿Quién?

—El doctor Pat Francis, un cirujano muy eminente, un verdadero as en su especialidad.

—Enhorabuena.

Ella parpadeó.

—¿Lo dice de veras?

Él sonrió.

—Claro, me gusta ver gente feliz a mi alrededor.

—Naturalmente, soy feliz.

—Entonces, le deseo dulces sueños.

—Gracias.

—Hasta mañana, señorita Welman.

—No creo que nos veamos mañana.

—¿Quién sabe?... Somos vecinos, podemos coincidir como hemos coincidido hoy. O quizá dentro de un rato recuerde que ha olvidado algo. El azúcar. Puede haber olvidado el azúcar y, entonces, yo se lo daría muy gusto.

—No he olvidado el azúcar, señor Kerrigan.

—¿El café?

—Tengo café... Y no siga mencionando artículos.

—Tiene de todo.

—De todo.

—Estupendo. —Kerrigan sacudió la cabeza—. Ya que no me necesita para nada, buenas noches.

—Buenas noches.

Ursula abrió la puerta de su apartamento y entró en él.

Cerró, pero se quedó en el umbral, oyendo cómo Kerrigan abría su puerta, mientras silbaba, y luego dejó de oír el silbido.

Se miró otra vez en el espejo, como había hecho aquella misma tarde.

«¿Qué dices ahora, Ursula?... Querías que Pat Francis te pidiese como mujer y ya lo oíste. Y tu respuesta fue afirmativa. Debes estar satisfecha».

Se volvió bruscamente y paseó por el salón.

Se sintió sola. Sí, muy sola. Era inconcebible. Había imaginado que, cuando Pat le pidiese que se casase con él, daría saltos de alegría. Pero no los daba. Ni siquiera estaba alegre. ¿Quién era el culpable? ¿Pat, por la forma en que se había declarado?... Tenía que atender a sus pacientes. Lo había planeado todo. Tenía que hacer algunas intervenciones quirúrgicas necesarias antes de casarse. Y ya había señalado en su dietario en qué momento intervendría a cada paciente, dejando un hueco para su boda.

La señora Francis. ¿Qué tal sonaba? Siempre le había sonado muy bien. Pero ¿y ahora?

El teléfono empezó a repiquetear. Sería Pat, para desearle buenas noches. Siempre la llamaba cuando salían juntos.

Descolgó el auricular.

—Dime, Pat.

—No soy Pat.

Ursula se quedó fría. Era otra vez aquella voz ronca. La voz del bromista.

CAPÍTULO IV

Ursula apretó con fuerza el receptor.

—Sé quién es usted... Se cree muy listo... Ha creído que puede asustarme. Pero no lo ha conseguido, y sería preferible que lo intentase con otra persona.

—No, señorita Welman, no me interesa llamar a ninguna otra persona. Usted es Ursula Welman, mi víctima.

—¡Le he dicho que no ha tenido ningún éxito! Elija a otra.

—No puedo, señorita Welman. ¿Es que no lo ha comprendido? Yo soy su muerto, no el muerto de otra persona. Soy el muerto de Ursula Welman y, por tanto, no puedo hablar con nadie más.

—¿No le parece que ha ido demasiado lejos?

—Sólo es el comienzo, señorita Welman.

—¿El comienzo de qué? ¿Seguirá llamándome?... ¿Se refiere a eso?

—La voy a matar, señorita Welman.

—Eso lo dijo ya. Y también dijo que había en el cementerio una fosa para mí.

—¿Lo duda?

—Todos tenemos una fosa y, tarde o temprano, la ocuparemos.

—Usted la va a ocupar muy pronto.

—Tampoco es nada original ahora.

—Oh, también se lo dije.

—Si cree que me está asustando, pierde su tiempo.

—Puedo matarla ahora. Sí, señorita Welman, puedo matarla porque estoy muy cerca de usted.

—Qué tontería. Usted está muy lejos.

—Le demostraré que estoy muy cerca. Acérquese a la ventana y mire hacia la calle. Le explicaré lo que está pasando en ella, y sabrá

lo cerca que estoy de usted.

Ursula sintió un estremecimiento.

Del otro lado, le llegó una risita.

—¿Qué le pasa, señorita Welman? ¿No se atreve a acercarse a la ventana?

Ursula cogió el soporte del teléfono y fue acercándose a la ventana. Vio abajo el coche deportivo de Robert Kerrigan.

—¿Está ya junto a la ventana, señorita Welman?

—Sí, ha conseguido usted que le atienda. Ya estoy junto a la ventana. ¿Qué sigue ahora?

—Delante de su casa hay aparcado un coche deportivo con rombos rojos en el motor. El resto es amarillo... Enfrente hay un café. En la puerta no hay nadie. Está iluminado. Ahora sale una persona..., un hombre.

Ursula se sintió sobrecogida al ver que del café salía un hombre. Dios mío, aquel chiflado debía estar llamando de un lugar próximo, y era justo lo que él le había dicho, que estaba muy cerca de ella.

—¿Dónde está usted? —preguntó Ursula.

—Quizá a su espalda.

Ella lanzó un grito, mientras se volvía. No, no había nadie a su espalda.

El desconocido rió con más ganas.

—¿Lo ve usted, señorita Welman?... Está asustada, muy asustada.

—¡Es usted un miserable!

—Tranquilícese.

—¡Tiene usted instintos bajos y despreciables!

—Señorita Welman, yo no puedo tener instintos bajos ni despreciables.

—¿Por qué cree que no?

—Porque estoy muerto.

—¿Por qué no deja de clasificarse así?... Usted es un ser vivo como yo, un ser ruin, porque se esconde en el anónimo para sobresaltar a las personas... ¡Usted es un cobarde!

—Señorita Welman, no debería gastar sus energías en insultar a un muerto.

—¡Le digo que está usted vivo!

—Le demostraré que estoy muerto.

—¿Demostrármelo?... Usted no puede probar eso.

—Claro que puedo.

—Le desafío a que lo haga.

—Mire otra vez por la ventana y le daré la prueba.

Ursula miró hacia la calle y ahora fue ella quien rió.

—Ya sé lo que me va a decir, señor cadáver.

—¿Ah, sí? ¿Lo sabe?

—Usted dirá que está en cualquier punto de la calle y, como los muertos no se pueden ver, usted se quedará tan tranquilo.

—Señorita Welman, no me concede mucha inteligencia, Si yo hiciese eso que usted dice, tendría muy poca. Mi prueba va a ser más concluyente. Absolutamente definitiva.

—Pruebe que está muerto y déjese de palabrería.

—Desde su ventana verá la cabina telefónica que hay en la esquina de su calle, a unos cien metros de su casa... ¿La ve usted, señorita Welman?

—Sí.

—No hay nadie en ella, ¿verdad?

—No, no veo a nadie en ella.

—Pues yo estoy dentro.

—Está loco.

—Estoy yo, señorita Welman...

—¡No hay nadie en la cabina!

—Observe bien, señorita Welman. El teléfono está descolgado.

—No lo veo desde aquí.

—¿Tiene unos prismáticos?

—No tengo unos prismáticos.

—Qué pena, porque entonces vería el teléfono descolgado.

—Suponiendo que lo esté, descansaría sobre el tablero...

—Es posible.

—Yo sé lo que usted ha hecho. Ha entrado en la cabina y ha descolgado el teléfono.

—He tenido que descolgarlo.

—No me está llamando desde la cabina, sino desde otra parte.

—¿Desde dónde?

—Desde un lugar muy cercano a mi casa.

—No, señorita Welman, estoy en la cabina.

—Le desafío a que haga una cosa.

—¿A qué se refiere?

—Salga de la cabina.

—¿Para qué?

—Tendrá que abrir la puerta y yo no veré a nadie porque es usted un muerto.

El hombre rió.

—Señorita Welman, olvida otra vez algo.

—¿Qué cosa?

—Que los muertos no necesitamos abrir las puertas para entrar o salir.

Ursula gritó:

—¡Déjeme en paz! Ya terminó su broma. Tuvo éxito. Un éxito completo, señor como se llame. Fui tan estúpida como para obedecerle. Me acerqué a la ventana. Pero ya no conseguirá de mí ninguna otra cosa. ¡Déjeme en paz!... ¡Déjeme en paz!

—La mataré, señorita Welman, y entonces, la dejaré en paz.

Luego, aquel hombre colgó.

Ursula se quedó inmóvil, junto a la ventana, con los ojos clavados en la cabina pública, como si esperase ver que la puerta se abriese. Pero la puerta no se abrió. Y no podía saber si el teléfono estaba descolgado, porque sus ojos no podían ver aquel detalle a tanta distancia.

Colgó y llevó el receptor a la mesita y, mientras lo dejaba, se quedó sobrecogida, pensando en que el hombre que la llamaba estaba muy cerca.

Robert Kerrigan.

Ya había pensado en él la primera vez, y Kerrigan lo había negado. No, él no había marcado su número. Pero ahora estaba claro. ¡Tenía que ser Kerrigan!

Abrió la puerta de su apartamento y se acercó a la de su vecino. Estaba llena de furia cuando pulsó el timbre insistentemente.

Kerrigan le abrió en mangas de camisa.

—Hola, señorita Welman —sonrió.

—¿Qué estaba haciendo, señor Kerrigan?

—¿Yo?... Me estaba preparando un filete.

—Mentira.

—¿Cómo?

—Me estaba llamando a mí.

—¿Llamándola a usted por teléfono? ¿Otra vez con eso?

—No se haga el inocente, señor Kerrigan... Naturalmente, usted se filtra por las paredes.

—Señorita Welman, ¿de qué me está hablando?

—¡Basta, señor Kerrigan...! ¿Por qué, en vez de marcar mi número, no marca el de Nora Corey o el de Paola?... ¿O a ellas les gusta otra clase de bromas?... Sabe que lo que está haciendo es contrario a la ley. Me está amenazando con matarme. En otras circunstancias, es posible que lo suyo resultase divertido, pero da la casualidad de que su broma no me divierte absolutamente nada. ¿Lo oye? ¡Nada!

—Señorita Welman, le aseguro que no tengo nada que ver con todo eso que dice. No la he amenazado. ¿Qué tengo que hacer para que me crea?... ¿Necesita que se lo jure?

—¡No!

—Entonces, dígame qué es lo que hago.

—Sólo tiene que hacer una cosa, señor Kerrigan. ¡No vuelva a marcar mi número!

Ursula dio media vuelta y regresó a su apartamento.

El timbre del teléfono volvió a sonar.

Ursula miró al receptor sobrecogida, llena de pánico.

Aquel hombre había logrado su objetivo.

Descolgó, despacio.

—Querida, soy Pat... ¿Me oyes, Ursula?

—Gracias al cielo que eres tú, Pat.

—¿Qué pasó?

—Volvió a ocurrir... Ese hombre, el muerto... Ya no sé ni lo que digo.

—¿Qué te dijo esta vez?

—Algo espantoso... Dijo que estaba en la calle, en la cabina telefónica que hay en la esquina. Me hizo ir hasta la ventana.

—¿Y quién había en la cabina?

—Nadie.

—Claro, los muertos no se ven —rió Pat—. Querida, le estás dando demasiada importancia a un hecho que no la tiene.

—Pero, Pat, ese hombre ha logrado desquiciar mis nervios.

¿Por qué no le decía cuáles eran sus sospechas, que su anónimo comunicante debía ser Robert Kerrigan?

—Querida, toma un baño caliente y acuéstate.

—¿Crees que podré dormir?

—Te di unos comprimidos cuando sufriste aquellos insomnios. ¿Te quedan?

—Sí, creo que sí.

—Entonces, toma un comprimido. Pero sólo uno. Ya verás cómo duermes de un tirón.

—De acuerdo, Pat.

—Te llamaré mañana a la oficina.

—Sí, Pat.

—Te quiero, nena.

—Yo a ti también.

Se cortó la comunicación.

Ursula decidió que los consejos de Pat eran buenos. Se daría un baño y luego tomaría un comprimido con un vaso de leche.

Se desvistió en su habitación y poco después, estaba tomando el baño.

El agua caliente la reconfortó. Permaneció un rato inmóvil, fumando un cigarrillo, y de repente sintió una extraña sensación. Como si en el apartamento ya no estuviese sola.

Alguien había entrado en su apartamento. Estaba segura.

No quiso preguntar. No, no quiso romper aquel silencio. Salió poco a poco del baño y se embutió en un albornoz.

Quedó indecisa ante la puerta entreabierta que comunicaba con su dormitorio, tratando de percibir una respiración humana.

Su visitante estaría al otro lado, esperando que ella saliese para estrangularla. Quizá utilizaría otro procedimiento, una pistola, o un cuchillo.

—¿Quién hay ahí? —se atrevió a decir.

Nadie le respondió.

Salió despacio del cuarto de baño.

Y se retiró del hueco de un salto. Pero en su dormitorio no había nadie. Caminó hacia el salón.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó de nuevo.

Tampoco le contestaron.

Pasó al *living*. No, no había nadie.

Había sido cosa de su mente. Estaba nerviosa, muy nerviosa.

De pronto, descubrió un papel sobre la mesa. No, aquel papel no

había estado allí cuando ella habló por teléfono.

El baño había sido caliente, pero su cuerpo estaba frío, mientras se acercaba lentamente a la mesa.

No tocó el papel. No hacía falta que lo tocase porque bastó que se inclinase un poco para leer su contenido.

«Señorita Welman, he estado en su apartamento y no he necesitado abrir la puerta para entrar, ni tampoco para salir, porque soy su muerto. La mataré, señorita Welman. He podido hacerlo ahora, pero quiero gozar con su sufrimiento. Quiero que se ponga nerviosa, que se sobresalte a cada momento, preguntándose cuándo va a morir. Pero será muy pronto. Puede estar segura de que la matará su muerto, que no la olvida».

CAPÍTULO V

Tenía que llamar a Pat.

No podía quedarse allí.

Marcó el número de la clínica y le contestó una voz femenina.

—Por favor, con el doctor Francis.

—¿Quién lo llama?

—Su prometida, Ursula Welman.

—Lo siento, señorita Welman, pero el doctor Francis se marchó hace un rato. Soy Annie Smith. ¿Quiere que le tome algún recado?

—No, gracias, llamaré a su casa.

—Pero el doctor no iba a su casa... Tenía que ver a un enfermo.

—¿No sabe dónde?

—No, señorita. Sólo dijo que tenía que visitar a un paciente y que tardaría un par de horas en irse a dormir. Lo recuerdo bien.

—Gracias.

—No hay de qué, señorita Welman.

Ursula dejó el auricular en la horquilla.

Sus ojos tropezaron otra vez con el papel. Su anónimo comunicante había escrito con letra de imprenta, letras vulgares, que podían hacer muchas personas.

De pronto, el corazón le dio un vuelco.

Podría saber de una vez por todas si Robert Kerrigan era su hombre.

Claro que podía. ¿No era escritor Kerrigan? Le bastaría entrar en el apartamento de Kerrigan y arreglárselas para ver alguno de sus papeles. Podía comparar letras y entonces...

Se imaginó descubriendo un escrito de Kerrigan, cuyas letras fueran las del anónimo que había sobre su mesa.

«Señor Kerrigan, ya no tiene escape. Lo acabo de descubrir.

Usted entró en mi apartamento mientras me bañaba, utilizando una llave falsa. Lo que ha hecho usted es horrible. Merecía estar un par de siglos en la cárcel pero yo me voy a ocupar de que esté al menos ochenta años, para que le den un escarmiento...».

Tenía que valerse de su seducción para lograr su objetivo. Se pondría aquel pijama que imitaba a la piel del leopardo, y sus chinelas de tacón.

Al cabo del rato, ya estaba preparada.

Iba a salir cuando recordó algo. Sus toques de esencia detrás de las orejas. ¿No le había gustado aquel perfume a Kerrigan?

Guardó el papel en el bolsillo del pijama y poco después pulsaba de nuevo el timbre de su vecino.

Le abrió Kerrigan, pero ya no estaba en mangas de camisa, sino en pijama también, uno azul, con estampados blancos.

—Ah, es usted, señorita Welman.

—Sí, se me olvidó algo.

—¿El qué?

—Azúcar.

—Pase.

—Muchas gracias.

No le gustó la sonrisa de él. Parecía como si dijese: «¿Lo ve, señorita Welman? Usted me necesitaba».

—Olvidó algo más, señorita Welman.

—¿Qué cosa?

—El recipiente para llevarse el azúcar.

—Oh, sí, tiene usted razón.

—No se preocupe, yo le facilitaré uno. Tengo un buen surtido.

Se fue hacia la cocina.

Ella miró a su alrededor. Vio una máquina de escribir al fondo, junto a la pared, y sobre la mesa un montón de folios mecanografiados. Corrió hacia allí.

El anónimo que había recibido no estaba escrito a máquina, sino a mano, y todos los folios que había la mesa estaban mecanografiados.

—¿Interesada en mi guión, señorita Welman?

Giró, sobresalta.

Kerrigan estaba en la puerta de la cocina, con un recipiente que contenía azúcar.

—Pues sí, logró interesarme. ¿De qué trata?

—Son las aventuras de un periodista. Cada argumento es un lío. Ya sabe, mi periodista no lleva una vida demasiado apacible. Un muerto por aquí, otro muerto por allá. Su especialidad es descubrir cadáveres.

En la mente de Ursula repercutieron aquellas palabras. «Un muerto por aquí, otro muerto por allá».

—Qué interesante, señor Kerrigan.

—¿Usted cree?

—Oh, sí, claro.

—Aquí tiene su azúcar.

Ursula se dijo que tenía que entretenerlo un poco más, darle motivos para que la dejase sola.

—¿Qué tal sus filetes? ¿Recuerda? Me invitó.

—¿Ya tiene apetito?

—Sí, me entró de pronto.

—Le prepararé uno. ¿Poco hecho, o muy hecho?

—Muy hecho. —Ursula pensó que eso le daría más tiempo—. Y para luego, quisiera una taza de café.

—Tengo pastel de manzana.

—Y también pastel de manzana.

—De acuerdo, señorita Welman, tendrá el servicio completo de la casa, y espero que quede satisfecha.

Kerrigan hizo una ligera inclinación y desapareció en la cocina.

¿Qué habría querido decir Kerrigan con lo del servicio completo? Estaba segura de que él había puesto bastante intención en sus palabras.

Bueno, ella le iba a dar el servicio completo descubriéndole, y entonces no le iba a servir precisamente una ración de pastel de manzana.

Al otro lado de la máquina había más folios mecanografiados, y estaban corregidos con bolígrafo.

Debía ser la letra de Kerrigan y había letras mayúsculas.

Sacó el papel del bolsillo y las comparó. La A con la A. No, no eran iguales. En la E había cierto parecido, pero la U tampoco era igual.

—¿Se dedica a la grafología, señorita Welman?

Gritó mientras se volvía. Pero la razón era que Kerrigan casi le

había hablado a su oído.

—¿Qué hace aquí, señor Kerrigan?

—¿No recuerda? Éste es mi apartamento.

—Pero debía estar en la cocina.

—Sólo volví para preguntarle si quiere la carne con mostaza, con tomate, o sola.

—Sola.

—¿Descubrió algo?

Ursula levantó la barbilla.

—Está bien, señor Kerrigan. Fuera subterfugios.

Robert le guiñó un ojo.

—Me gusta la sinceridad. Cuando una mujer se enamora de mí, prefiero que me eche cuanto antes los brazos al cuello y que me diga: «Te quiero, Robert. No puedo vivir sin ti, Robert».

—¿Espera que yo haga eso?

—¿No lo va a hacer?

—¡No!

—Qué decepción, señorita Welman. A partir de ahora, cuando vaya a mi psiquiatra, tendré que contarle el origen de mi trauma. Sí, señor, cuando esté tendido en el sofá, tendré que decirle: «Doctor, todo lo que me pasa está motivado por mi vecina... Aquella noche se metió en mi apartamento, sugestiva, tentadora, y cuando creí que iba a surgir el amor entre los dos, ella me dio con el zapato en la cabeza».

—Yo no le he pegado con el zapato.

—Pero estoy viendo en sus ojos que no es por falta de ganas.

Ella levantó la mano con la que sostenía el papel.

—Lea esto, señor Kerrigan.

—¿Alguna declaración amorosa?

Ella dio una patadita en el suelo.

—¿Es que siempre piensa en lo mismo?

—El amor es una cosa muy seria, señorita Welman.

—Lea y hable después.

Kerrigan cogió el papel y leyó su contenido. Cuando hubo terminado, dio un suspiro.

—No, señor, no es una declaración de amor. Es una declaración de muerte... Y ahora comprendo lo del azúcar y todo lo demás, el filete muy hecho, el café... Sólo ha venido para espiarme, para

saber si yo le había escrito el anónimo, y estaba comparando las letras de esta cartita con mis folios.

—Sí.

—¿Ha salido de dudas?

—Hay alguna letra que se parece.

Kerrigan miró otra vez el anónimo.

—Es cierto. La E es parecida a la que yo hago, pero existe una gran diferencia con respecto a las demás letras. ¿Sabe una cosa, señorita Welman? Estudié algo de grafología. Un novelista o guionista tiene que saber muchas cosas. En uno de mis argumentos había precisamente un personaje femenino que dirigía un consultorio grafológico... Y naturalmente, para escribir de ello, tuve que hacer una especie de cursillo intensivo...

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Verá, mi letra es la de una persona consciente, con un gran sentido de la responsabilidad, con un gran caudal de amor, siempre listo a volcarlo sobre alguna persona que lo merezca... Pero la letra de este anónimo indica que la persona que lo escribió, es todo lo contrario. Se trata de alguien con una gran capacidad para odiar.

—¿Y qué más ve en esa letra?

—La persona que le mandó el anónimo es rencorosa, y se puede esperar de ella que realice un acto abominable. ¿Cuándo recibió la carta?

—Mientras me bañaba, hace un rato.

—No he sido yo, señorita Welman.

Ella le miró a los ojos.

«¿Puedes creerle, Ursula? Parece que es sincero. Pero ¿y si no lo fuese? También lo diría con esa voz y con esa mirada».

—¿Por qué no me lo cuenta todo, desde el principio, Ursula?

Ursula se mordió el labio inferior.

Kerrigan la seguía mirando a los ojos, y entonces decidió contárselo.

CAPÍTULO VI

Robert Kerrigan había escuchado atentamente a Ursula, y, cuando ella hubo terminado, reinó un silencio entre ambos.

Se habían sentado en el sofá. Kerrigan se levantó y se fue hacia la cocina, diciendo:

—Le serviré su filete.

Ella exclamó asombrada:

—¿Sólo se le ocurre decir eso?

—Quiero pensar, Ursula. De modo que se va a estar aquí quietecita. Comerá la carne y su ración de pastel de manzana, se beberá el café y luego hablaremos.

Ursula se sentía mejor. Sí, mucho mejor desde que compartió su secreto total con Robert Kerrigan. ¿Por qué? No sabría contestar.

«¿No sabes o no quieres, Ursula? La verdad es que Robert Kerrigan te inspira confianza. No quieres reconocerlo, pero es la auténtica y la única respuesta. Y eso quiere decir que lo estás borrando de tu lista de sospechosos».

Pero ¿qué lista de sospechosos tenía ella? ¡Empezaba y acababa con Robert Kerrigan!

Comió su filete y un trozo de pastel de manzana, bebió el café, y, mientras tanto, él paseaba de un lado a otro de la estancia.

—Ya he terminado —dijo Ursula.

—Entonces, prepárese para contestar a una pregunta muy importante, Ursula.

—Ya estoy preparada.

—Usted mató a alguien. ¿A quién?

—¿Cómo? ¿Pero qué está diciendo? —La joven se levantó de un salto—. Ahora comprendo que hice mal en venir.

Kerrigan sonrió y la cogió por los brazos.

—Perdone, Ursula, pero tenía que hacer un experimento.

—¿Un experimento?

—Tenía que ser brutal. Naturalmente, yo no he pensado que usted haya matado a alguien a propósito, pero lo pudo hacer por accidente. Por ejemplo, mientras conducía su automóvil.

—Yo no he matado a nadie intencionadamente ni con mi automóvil. ¿Cómo ha pensado semejante cosa?

—Por lo que dice su desconocido cuando le habla por teléfono, y por lo que escribe en esta carta. Ese hombre insiste una y otra vez en dos palabras que para mí son una clave. Las dos palabras son «su muerto». ¿Lo entiende? «Su muerto no la olvida». Es la conclusión lógica que uno deduce. Alguien a quien usted supuestamente mató y que se quiere vengar ahora de usted.

—Usted no pensará realmente que un muerto puede hablar por teléfono o escribir cartas, o que se puede filtrar por las paredes para no utilizar el buzón de la correspondencia.

—Para mí no existe ninguna duda a ese respecto, Ursula. Ese hombre está vivo.

—¿Entonces?

—Pero también está loco.

—Es lo que yo le dije durante una de nuestras animadas charlas.

—Y acertó. Ese hombre tiene la mente perturbada. Pero usted causó su perturbación.

—¿Yo?

—Sí, usted.

—¡Es absurdo!

—Tiene que recordar.

—¿Recordar, qué?

—Ursula, usted es un ángel.

—Gracias.

—Pero de alguna manera, en algún momento de su vida, debió causar un mal a una determinada persona.

—¿Al que ahora me llama por teléfono y me escribe la carta amenazándome con la muerte?

—Sí.

—Señor Kerrigan, ¿sabe lo que le digo? Que tiene mucha imaginación. Desde luego, debe ser usted un buen guionista.

—Ahora soy yo el que le da las gradas.

—Y apuesto a que le estoy regalando un buen argumento para uno de sus guiones.

—Es posible que sea bueno.

—Y lo piensa utilizar.

—Ursula, en ningún momento he pensado en convertir su aventura en un guión. Sólo me importa usted, su seguridad. Admito que, en un principio, lo tomé todo un poco en broma, pero ahora veo que esto es grave... Y quiero ayudarla.

—No sé cómo lo va a hacer.

—Ya se lo he dicho. Tiene que recordar.

—No hay nada que recordar.

—Hábleme de su vida. Desde el principio.

—Robert, mi vida ha sido bastante vulgar.

—Es posible que lo haya sido para usted. Pero sabemos que hay una persona para quien no ha sido tan vulgar. Para ella tuvo mucha importancia que usted viniese al mundo.

—Se ha aferrado a una hipótesis.

—Ursula, yo tengo una ventaja sobre usted. En mi profesión, hago lo posible para encontrar las formas de conducta que son lógicas en una persona cuando se encuentra en una situación fuera de lo común. ¿Usted me entiende?... Me gano la vida con ello. Por eso, ahora me coloco en el lugar de esa persona que la está amenazando y me pregunto: «¿Por qué quiere matar a Ursula Welman?». Y la respuesta es: «Debe ajustar cuentas con ella». Y surge una nueva pregunta: «¿Por qué quiere ajustar cuentas con Ursula?». Y la nueva respuesta es: «Porque Ursula le hizo un daño».

—Le comprendo muy bien. No soy tonta.

—Entonces, sea buena chica y hábleme de usted.

—Muy bien, si quiere que lo aburra... Nací en Newburg.

—¿Newburg, Nueva York?

—Sí.

—Lo conozco bien, he estado varias veces allí. Tengo unos cuantos amigos en la televisión que poseen su casita de campo en Newburg.

—Mi padre era dueño de un supermercado... Mi madre murió siendo yo muy pequeña. No había más hijos... Me crié como hija única, pero no demasiado mimada. Mi padre tenía mucho carácter. Estudié la primaria como todos los niños. No fui una alumna

precoz, pero tampoco torpe. Fui un tipo medio de alumno. Quise estudiar arte y vine a Nueva York. Me quedé en una pensión, pero estaba dando el primer curso cuando papá se puso muy mal. Llegué a Newburg justo a tiempo de verlo morir. Luego cometí un error. Dejé mis estudios y me puse a atender el supermercado. Pero yo no había nacido para vender mantequilla, carne y todo eso, y perdí tres hermosos años. Finalmente, traspasé mi negocio y volví a Nueva York. Seguí el curso de arte que había interrumpido. Al fin terminé la carrera y me contraté enseguida con la casa de modas Orsyte. Llevo con ellos dos años. Me han subido el sueldo cuatro veces, quiero decir que mi trabajo ha sido apreciado, y algunos críticos aseguran que pronto seré una de las mejores diseñadoras de modas. Gano bastante dinero.

—Y se casará.

—Sí, con el doctor Francis.

—Un as de la cirugía.

La joven se humedeció los labios con la lengua.

—Como verá, mi vida ha sido de lo más corriente. No me ha ocurrido nada de particular... Bueno, salvo que una vez estuve a punto de morir.

—¿Alguna enfermedad?

—No.

—¿Qué pasó?

—Casi me ahogué en un lago, cerca de Newburg... Volcó la barca en la que íbamos cuatro, dos niños y dos niñas... Nos salvamos tres.

—¿Qué edad tenía cuando ocurrió eso?

—Doce años.

—¿Quién murió?

—Un niño, Barry Connors... Nunca lo he podido olvidar. Barry era muy simpático, de rostro pecoso y con el cabello rojizo. Me llevaba bien con todos mis compañeros, pero con Barry era algo especial... Fue una cuestión de suerte. Nos sacaron sin conocimiento a Barry y a mí... Así me salvé. Pero cuando llegó Barry, no había pulmón de acero, quiero decir que, el que había, estaba ocupado por mí. Tuvieron que esperar y... él murió.

—Espere un momento. La lancha volcó. Iban cuatro. Por lo que dice, dos no sufrieron el menor daño.

—Todos sabíamos nadar... Pero Barry y yo fuimos alcanzados por la barca. Recibimos un fuerte golpe. Por eso estuvimos a punto de ahogarnos.

—¿Los sacaron al mismo tiempo?

—No, a mí me sacaron un poco antes. Bueno, fue lo que me contaron, porque yo no me di cuenta de nada.

—Así que, Barry murió indirectamente por usted.

—¿Qué está diciendo?

—Si lo hubiesen sacado primero, él se hubiese salvado, y usted hubiese muerto.

—Es posible. ¿Adónde quiere ir a parar?

—Le pregunté por un accidente.

—Oh, no. Yo no tuve que ver nada con aquello.

—Ya lo sé, Ursula. Pero, hágale de la familia de Barry Connors.

—Barry tenía otro hermano mayor que él. No recuerdo su nombre.

—¿Padres?

—Sí, los tenía, y eran personas muy agradables.

—Naturalmente, sentirían mucho la muerte de Barry.

—Era lógico que sintiesen su muerte.

—¿Cómo se comportaron ellos con usted después de aquello?

—¿Cómo quería que se comportasen? Bien.

—¿Continuó con normalidad la relación entre los padres de Barry Connors y el de usted?

—Yo era una niña y no recuerdo qué clase de amistad había entre ellos. Se conocían y la madre de Barry Connors se aprovisionaba en el negocio de mi padre.

—¿Siguió comprando allí después?

—No lo sé.

—Conteste.

—No me acuerdo.

—Si no se acuerda, quiere decir que dejó de ver a la madre de Barry Connors en el supermercado de su padre.

—¿Qué clase de monstruosidad está pensando, señor Kerrigan? No, no me lo diga. Piensa que esa carta y esas llamadas telefónicas son obra del hermano mayor de Barry Connors.

—Del hermano de Barry Connors o del padre de Barry Connors.

A menos que...

—Continúe.

—A menos que haya existido otro accidente en su vida.

—No, señor Kerrigan.

—¿No le ocurrió nada en su vida, aparte del naufragio en el lago?

—Manejo el automóvil desde hace siete años y nunca he sufrido un accidente. No, señor Kerrigan, no he atropellado ni a un perro.

—Es una suerte, porque despeja el panorama. ¿Qué ha sabido de los Connors?

—¿Otra vez?

—Ursula, ¿es que no te das cuenta? —La tuteó él—. Considero que estás realmente en peligro. Yo también hubiese pensado al principio, como el doctor Francis, que todo era broma. Pero me temo que esto es serio.

—Yo también lo he tomado en serio.

—Y por eso creíste que era yo.

—En realidad, no lo pensaba. De lo contrario, no habría venido aquí...

—¿Qué me dices de los Connors?

—No sé nada.

—¿Desde cuándo no sabes nada?

—Ahora recuerdo que no los veía en Newburg. Deben haber pasado muchos años, desde la última vez que hablé al señor o a la señora Connors.

—¿Y qué hay del hermano de Barry?

—No tengo la menor idea de cuál sea su paradero. Quiero decir, que no sé siquiera si continúa viviendo en Newburg... Una vez oí que estaba estudiando leyes en la Universidad de Harvard...

—Muy bien, Ursula. Mañana nos ocuparemos de los Connors. ¿Tienes trabajo en tu oficina?

—Sí, pero puedo pedir permiso.

—Estupendo. Iremos a Newburg, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Robert.

Él le cogió una mano y se la apretó con suavidad.

Entonces, Ursula recordó que se había puesto el pijama imitando la piel del leopardo para cautivarlo.

—Será mejor que me vaya, Robert.

—Oh, sí, hoy te prometiste al doctor Francis, y no está bien que estés en el apartamento de un soltero a las once de la noche.

—Gracias por todo, Robert.

—No hay de qué.

—Ah, una cosa, el filete me gusta poco hecho.

Ursula se dirigió hacia su puerta y, de pronto, se detuvo.

—Robert.

—¿Qué sucede?

—¿Y si él hubiese entrado mientras tanto?

—Espera, registraré.

—¿No tienes una pistola?

—Sí, pero uso balas de fogueo.

Kerrigan entró en el apartamento de la joven y lo recorrió de punta a punta. Salió del dormitorio de ella, diciendo:

—No hay nadie.

—Esta vez pondré la cadena en la puerta.

—Hasta mañana, Ursula.

Kerrigan se inclinó sobre la joven y la besó en la boca. Y lo hizo como la vez anterior, con la mayor naturalidad, aunque ahora no la abarcó por la cintura ni la apretó contra sí.

Ursula cerró la puerta y echó la cadena y luego, se llevó la mano a los labios. No, Robert Kerrigan no le había hecho cosquillas al besarla.

De pronto recordó que debía llamar a Pat, porque ya estaría en su casa. Pero ¿qué le iba a decir con respecto a Robert Kerrigan? ¿Qué había pasado unos momentos muy agradables con su nuevo vecino? ¿Que habían acordado ir los dos juntos al día siguiente a Newburg para investigar a la familia Connors?

Miró el teléfono y, finalmente, dijo:

«—Perdona, Pat, pero será mejor que te deje tranquilo».

Y se dirigió hacia su dormitorio.

Tomó el somnífero y no tardó en conciliar el sueño. Pero no sufrió ninguna pesadilla. No, no soñó con perseguidores ni con asesinos. Soñó con Robert Kerrigan, Paseaba en barca con él por aquel lago en donde, siendo niña, estuvo a punto de morir ahogada.

CAPÍTULO VII

Ursula Welman despertó.

En un principio no recordó nada. Había dormido bien, gracias al somnífero, pero, al poner los pies en el suelo, descubrió el papel en la mesilla de noche. Allí estaba la amenaza del hombre.

Entonces recordó las llamadas telefónicas y sus encuentros con Robert Kerrigan.

Todo estaba ocurriendo demasiado aprisa.

Y Pat Francis le había pedido que fuese su mujer. ¿Pero ella quería a Pat? ¿Lo quería de verdad para toda la vida, hasta que la muerte los separase?

La muerte los podía separar mucho antes de que fuese la señora Francis, porque Pat había dicho que se casarían en dos semanas, y dos semanas era mucho tiempo.

Mientras tomaba una ducha pensó en el interrogatorio a que la había sometido Robert Kerrigan.

Robert le había hecho recordar aquel accidente en el lago, cuando ella era una niña.

No, su vecino, no podía tener razón. La gente no era tan vengativa. Además, ella no había matado a Barry Connors. Había sido un simple juego del azar. Como le había dicho a Robert, pudo ser ella la muerta y Barry Connors salvarse en el pulmón de acero, de haber sido sacado del agua antes que ella.

El teléfono se puso a sonar.

Ursula se cubrió con una bata.

Sería Pat. O Robert Kerrigan, para recordarle el viaje que iban a realizar a Newburg.

—Hola —dijo.

—¿Soñó conmigo, señorita Welman?

Era aquel hombre, el miserable, su torturador.

Miró hacia la ventana. Hacía un día gris, plomizo. Probablemente iba a descargar una tormenta sobre Nueva York. Un día feo, pero lo más feo lo tenía allí, le estaba ocurriendo a ella.

—Por lo visto no se ha cansado —dijo.

—No, señorita Welman, yo no me puedo cansar. Es otra de las ventajas de los muertos.

—Le quiero hacer una pregunta.

—Hágala, señorita Welman.

—Usted dice que me va a matar.

—Sí.

—¿Por qué?

A la otra parte, sólo oyó la respiración del desconocido.

—¿Por qué no contesta? Me quiere matar y yo le pregunto por qué. Debe haber una razón.

—Se la daré.

—Es usted muy atento.

—Pero no ahora.

—¿Por qué no?

—No es el momento, señorita Welman.

—¿Qué es lo que le he hecho yo? Ande, dígamelo. ¿Qué es lo que le he hecho yo para que desee mi muerte?

—Lo sabrá unos minutos antes de que muera. Se lo prometo, señorita Welman.

Luego se cortó la comunicación.

Ursula inspiró profundamente, mientras dejaba el auricular en la horquilla.

Estaba mirando hacia la ventana y vio cómo empezaba a llover.

Era absurdo, increíble que a ella le estuviera pasando eso. Pero era realidad. El hombre aquel seguía insistiendo en que la mataría. Y lo peor era que había demostrado sus posibilidades, porque la noche anterior le había dejado aquel mensaje en su apartamento.

Llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Robert Kerrigan.

Despasó la cadena y dejó que él entrase.

—Buenos días, Ursula —le dijo, sonriendo.

—No son buenos para mí.

—Está lloviendo, pero es lógico esperar eso en un día de invierno.

—No me refería a la lluvia. Ha vuelto a llamar, Robert.

—¿Otra vez?

—No pierde oportunidad para repetir sus amenazas. Le pregunté por qué deseaba mi muerte.

—¿Te lo dijo?

—No. Sólo lo sabré unos instantes antes de que me mate.

—Vístete y vámonos.

—Será lo mejor. Pero tengo que pasar antes por la oficina.

Ella fue al dormitorio y dejó la puerta entreabierta.

—¿Has desayunado, Ursula?

—No.

—Entonces, te invito.

Desayunaron en un bar cercano a su casa, cuyo propietario era un simpático ex boxeador, Gregory Robson.

De pronto, Ursula apretó el brazo de Robert.

—¿Qué pasa, Ursula?

—La cabina.

El siguió la mirada de Ursula. Al fondo, había una cabina telefónica.

—Observa esa cabina, Robert. Desde ella se puede ver la calle y el bar del otro lado.

—Pero no se puede ver mi coche deportivo.

—El, antes de entrar, pudo ver el coche aparcado.

—Tampoco se ve la cabina telefónica de la esquina.

—Pero pudo descolgar el teléfono, suponiendo que yo lo pudiese ver con prismáticos.

—Está bien, preguntaremos al dueño.

—Tú eres nuevo aquí, se lo preguntaré yo.

Ursula se levantó y fue al lado de Gregory, que estaba preparando huevos con tocino.

—¿Quiere algo, señorita Welman?

—¿Usó alguien el teléfono hace cosa de media hora?

Gregory frunció el ceño, porque le pareció la pregunta muy extraña.

—Sí, señorita Welman, el teléfono está ahí para ser usado.

—Es muy importante que me diga quién usó el teléfono hace

media hora, Gregory.

—La señora Bellini, la italiana... Estuvo hablando con su hija, que dio a luz hace una semana. El pequeño no está muy bien.

—¿Qué otra persona habló, además de la señora Bellini?

—La señora Bellini estuvo mucho rato, como veinte minutos...

—¿Y anoche, Gregory? Más o menos a las diez.

—Nadie usó el teléfono, porque yo había cerrado poco antes el bar.

—¿Y por la tarde, hacia las cinco?

—A las cinco no estaba yo aquí. Fui a ver a mi primo Joe y dejó en el bar a mi sobrino Bill. No está ahora. Pero Bill no le sabrá responder. Es un poco despistado.

—No tiene importancia, Gregory —respondió Ursula y regresó junto a Robert.

—¿Qué adelantaste, Ursula?

Ursula le contó su conversación con Gregory.

—Está claro que no llamó desde aquí —comentó Robert.

—Estoy de acuerdo contigo.

Gregory trajo el desayuno y lo despacharon en unos minutos.

Viajaron en el coche de Robert hasta la oficina de Ursula.

—Espera aquí, Robert. Tardaré un poco.

—No te preocupes.

Ursula saludó a la jefe del departamento de diseños y habló con un par de compañeras. Ante ellas no exteriorizó nada. No quería informar a nadie de lo que le estaba pasando. ¿No había ya dos hombres que lo sabían? Pat Francis y Robert Kerrigan. Probablemente, sus compañeras le dirían que avisase a la policía.

Tenía que pedirle un favor a sus más directo colaborador, Marty Adams, un dibujante que llevaba pocos meses en la empresa. Hacían un trabajo conjunto, bocetos para la moda del próximo verano.

—Marty, me tendré que ausentar toda la mañana. ¿Podrás seguir trabajando en los bocetos tú solo?

—Desde luego.

—Volveré esta tarde.

—Puedes tomarte todo el día si quieres.

—Ya sabes lo estricta que es la señorita Miller.

—La jefe es un hueso, pero le diré que recibiste una llamada

urgente.

—Es preferible a pedirle permiso.

—Lo único que no me gusta de esta oficina es la señorita Miller.
¿Por qué infiernos siempre está de tan mal humor?

—La abandonó el marido.

—Es lógico que lo hiciese, con ese genio.

—¿No te has preguntado si tiene ese genio desde que el marido la dejó?

—Tocado, Ursula.

El teléfono sonó.

—Ursula Welman al habla.

—¡No haga eso, señorita Welman! —Era otra vez el desconocido,
y Ursula se estremeció.

—¿A qué se refiere?

—A la protección que se ha buscado... ¿Quién es ese hombre, el que la acompañó a la oficina?

—No le importa a usted.

—El se ha quedado en el coche, esperándola. Es el auto deportivo que estaba anoche aparcado frente a su casa. ¿Por qué no me dice quién es su propietario?

—¿También tengo que darle cuenta de mis amigos?

—De modo que se ha buscado un confidente. ¿Qué es lo que le ha dicho?

—No es asunto suyo.

—Ya lo imagino. Le ha contado a él todo. Le ha hablado de mí, ¿verdad?

—Sí, le he hablado de usted. Y él ha llegado a la misma conclusión que yo.

—¿Cuál?

—Que está usted loco.

El desconocido se echó a reír.

—Cometen un error. Los dos lo cometen. No estoy loco... Y en cuanto a ese hombre, si trata de ponerse en mi camino, también habrá una fosa para él. Dígaselo.

—Descuide, se lo voy a decir enseguida.

—Dígale que se aparte de usted o también lo mataré.

—¿Eso es todo?

—Todo por ahora... Sólo me falta agregar una cosa.

Cada vez se acerca más la hora de su muerte, señorita Welman.

Su comunicante colgó y Ursula lo hizo a continuación.

—¿Quién era? —preguntó Marty.

—Un bromista.

Ursula se despidió de Marty y salió del edificio.

Robert Kerrigan estaba en el coche, fumando un cigarrillo.

Cuando ella se sentó a su lado, dijo:

—Tú también vas a morir, Robert.

—¿Qué?

—Me ha llamado a la oficina. Se enfadó mucho. Según él, me he buscado un confidente.

—¿Yo?

—Si no te dejas en paz, también habrá una fosa para ti.

Kerrigan sonrió.

—Vaya, parece que nuestros destinos se unen.

—Ahora estás a tiempo.

—¿A tiempo de qué?

—De renunciar a estar conmigo.

—¿Qué tontería estás diciendo, Ursula? Ese hombre no me da miedo.

—A mí, sí.

El le pasó un brazo por los hombros.

—Ursula, vamos a ir a Newburg como teníamos proyectado.

—Como tú quieras.

—Investigaremos sobre la familia Connors... Mi instinto me dice que en Newburg encontraremos las respuestas a este misterio.

—Ojalá no te equivoques.

Kerrigan puso en marcha el auto y, poco después, salían de Nueva York, siguiendo el camino paralelo al río Hudson.

CAPÍTULO VIII

La lluvia había limpiado la losa de la sepultura, en *Ya* que se leía:

«Barry Connors (1945 – 1958)».

Debajo estaba el nombre de Sarah Connors (1901 – 1967) y el de Jonathan Connors (1900 – 1969).

Ursula dijo:

—Sarah y Jonathan, eran los padres de Barry.

Robert Kerrigan guardó silencio.

—Todos están muertos —agregó Ursula.

—No, todos no. Falta el hermano de Barry.

Habían visitado la casa donde vivían los Connors, pero ya no vivía ningún Connors allí, sino un matrimonio, los Sheridan, que no tenían hijos.

James Sheridan era un agente de seguros. Casualmente estaba en casa y les pudo informar acerca de los Connors, porque él había comprado la casa a Jonathan seis meses antes de que éste muriese.

Jonathan sufría un cáncer y había tenido que irse al hospital de Newburg y allí murió.

Ursula había preguntado a James Sheridan:

—¿Sabe algo del hijo de Connors?

Y Sheridan le había contestado:

—El señor Connors se refirió a su hijo. Recuerdo que lo llamó Spencer.

Y entonces, Ursula recordó que el hermano de Barry se llamaba así.

—¿Sabe algo de Spencer Connors, señor Sheridan?

—No, nada.

Y, cuando se despidieron, Ursula quiso ir al cementerio, y allí estaban ahora, bajo la menuda lluvia, ante la tumba de los Connors.

—No, no puede ser —dijo Ursula.

—¿El qué?

—Él dice; «Su muerto no la olvida». Suponiendo que se refiriese a Barry, está muerto, enterrado, bajo esta losa. Y un muerto olvida a todos los vivos.

—Vámonos.

Kerrigan la cogió por el brazo y echaron a andar por el paseo, bordeado de cipreses que rezumaban agua.

Volvieron al pueblo.

Entraron en un restaurante para almorzar.

Hicieron el pedido y, mientras esperaban, Ursula comentó:

—No ha servido de nada el viaje.

—No sabemos nada de Spencer... Dijiste que estudiaba leyes en Harvard. Tendremos que investigarlo a él.

—Y nos encontraremos con que Spencer Connors es un distinguido abogado radicado en Chicago o Los Angeles.

—Quizá sí, quizá no.

—Creo que perderemos el tiempo.

De pronto, oyeron la voz de una joven.

—¡Ursula!

Era una rubia de una edad aproximada a la de Ursula.

—¡Miriam!

Las dos jóvenes se abrazaron y se besaron.

—Te he reconocido enseguida, Ursula.

—Y yo a ti también, Miriam.

—¿Qué haces en Newburg?

—Vine a dar una vuelta.

—¿A recordar el pasado?

—Algo así. Te presento a Robert Kerrigan, un amigo.

—Encantada, señor Kerrigan.

—Celebro conocerla, Miriam. ¿Quiere almorzar con nosotros?

—Estoy esperando a mi novio.

—¿Quién es? —quiso saber Ursula.

—Sam Denton. ¿Te acuerdas de él?

—¿Cómo no voy a acordarme? Era el que te metía ranas en el pupitre. Aún recuerdo el día en que le arañaste la cara.

—Pues ya ves lo que son las cosas. Ahora me enamoré de él. Bueno, Sam no descansó hasta conseguir que le diese una respuesta afirmativa.

Ursula recordó su propia situación. También ella había dado el día anterior una respuesta afirmativa a Pat Francis. Pero ahora le embargaba una extraña sensación, la de que se había equivocado. ¿A qué se debía eso? Sólo había una razón: Robert Kerrigan.

Ursula hizo su pregunta:

—Miriam, ¿te acuerdas de Spencer Connors?

—Sí, claro.

—¿Has sabido de él?

—Pobre Spencer.

—Pobre Spencer. ¿Es que murió?

—Fue peor que eso.

—¿A qué te refieres?

—Lo tuvieron que internar en una clínica de enfermos mentales.

—¿Cuándo ocurrió eso, Miriam?

—Poco después de la muerte de su padre.

—Espera un momento, Miriam. Me dijeron que Spencer estaba estudiando leyes en Harvard.

—Lo dejó.

—¿Por qué?

—Cuando estaba en la Universidad ya sufría trastornos. Los Connors no lo dijeron. Spencer debió estar sometido a tratamiento en algún sitio. Y, de la noche a la mañana, dijeron que estaba aquí, pero la verdad es que ninguno lo vimos.

—¿Ninguno? ¿Y cómo supisteis que estaba aquí?

—Por el padre de Spencer.

—¿Y luego?

—Nadie vio a Spencer. Su padre fue internado en el hospital, pero Spencer ya no estaba en Newburg. En fin, ya sabes cómo son estas cosas. Lo llevaron con mucho misterio.

—Spencer tenía amigos.

—Los había tenido, pero en la época que regresó no quiso ver a ninguno de ellos. Sam Denton era uno de sus amigos... Aquí viene él y te podrá informar mejor.

Sam Denton era un joven delgado, de cabello rojizo.

—¿Te acuerdas de Ursula, Sam?

—Claro que sí. ¿Cómo estás, chica?

Se estrecharon la mano y Ursula presentó a los dos hombres.

—Sam —dijo Miriam—, Ursula me está preguntando por Spencer Connors.

El pelirrojo sacudió la cabeza.

—Un caso triste.

—¿Llegaste a verlo, Sam?

—No. Es curioso, pero la última vez que vi a Spencer, fue poco antes de que se marchase a la Universidad. Luego supe por un amigo común, por Rex Nolan, que Spencer había sido tratado en una clínica psiquiátrica. Lo sentí mucho, palabra.

—Pero él volvió al pueblo.

—Sí, eso me dijo su padre. Yo fui enseguida a su casa.

—¿Y qué pasó?

—Que no pude verlo. Verás, fue la mar de extraño. Llegué a la casa y toqué el timbre. A la otra parte oí la voz de Spencer: «¿Quién es?». «Soy yo, Sam Denton». Y él contestó: «Lárgate, no quiero verte». Yo insistí: «Pero ¿qué te pasa, Spencer?». Y él me respondió muy airado: «Lárgate al infierno, Sam. Lárgate, no quiero ver a nadie». Me marché de allí y, naturalmente, ya no volví. Luego, el padre de Spencer me dijo que Spencer había sido recluido.

—¿Dónde? —preguntó Ursula.

—En el hospital de Marcy. Es un lugar maravilloso para enfermos mentales, según me han dicho.

—¿Sigue en Marcy?

—Me imagino que allí estará... La verdad es que yo no he vuelto a tener más noticias de Spencer Connors.

Miriam se levantó.

—Tenemos que marcharnos, Ursula. Tengo que probarme el vestido de novia. Pero, naturalmente, Sam se quedará fuera.

—Enhorabuena, Miriam.

—Nos casamos el 22 del mes próximo. ¿Podrás estar aquí, Ursula?

—Creo que no, pero os deseo la mayor felicidad del mundo.

Se despidieron y Ursula y Robert volvieron a quedar solos.

—¿Qué piensas, Ursula?

—Lo mismo que tú. Tenemos que ir a Marcy para pedir información sobre Spencer Connors.

—Sí, Ursula.

Después del almuerzo, se pusieron otra vez en camino.

El hospital de Marcy era muy bello. Los pabellones estaban distanciados unos de otros, con grandes extensiones verdes.

Fueron a la oficina principal.

Les atendió la señorita Hilda Jonhson.

Después de las presentaciones, Robert dijo a lo que iban.

—Lo siento, señor Kerrigan, pero si no son familiares del señor Connors, no podemos darles información.

—Señorita Jonhson, es muy importante que sepamos de Spencer Connors.

Un hombre con una bata blanca, entró en aquel momento en la oficina.

—¿Qué pasa, señorita Jonhson?

—Doctor Baker, estos visitantes piden información privada de un paciente, pero no son familiares.

—Lo siento, señores, pero somos muy estrictos con respecto a dar esta clase de información.

—¿Podemos hablar en privado con usted, doctor Baker?

—Sólo puedo concederles unos minutos.

—Serán suficientes.

—Vengan conmigo.

Entraron en un despacho. Robert Kerrigan contó al doctor Baker la historia de los anónimos de que había sido objeto Ursula, así como aquel episodio que protagonizó Ursula, muchos años atrás, cuando era niña, el accidente en el lago y la muerte de Barry Connors, y por fin, habló de Spencer Connors y de los informes que habían recibido en Newburg, sobre sus trastornos mentales mientras estudiaba en la Universidad de Harvard y, por último, el ingreso en el hospital, donde se encontraba ahora.

El doctor Baker, un hombre de unos cincuenta años, calvo, la nariz aguileña, y gruesos lentes de graduación, tabaleó con los dedos en la mesa, mientras escuchaba las últimas palabras de Kerrigan.

—Les voy a decir algo que inquietará más a la señorita Welman —hizo una pausa—. Spencer Connors fue dado por muerto hace un año.

CAPÍTULO IX

Ursula exclamó:

—¿Dado por muerto, doctor Baker? ¿Qué quieras decir?

—Hubo un incendio en uno de los pabellones, justamente en el que se encontraba Spencer Connors con otros seis enfermos. No se pudo hacer nada por ellos. Cuando intervinieron los bomberos, era demasiado tarde. Entre los escombros, se encontraron siete cadáveres calcinados. Estaban irreconocibles, pero se dedujo que uno de ellos era Spencer Connors.

—Doctor, me temo que esté vivo —repuso Kerrigan—. Tenga en cuenta los anónimos. Ha repetido una y otra vez: «Su muerto no la olvida». Ahora, usted dice que Spencer Connors fue dado por muerto. Eso coincide como las piezas de un rompecabezas.

—Podría ser.

—Tiene que ser.

Ursula intervino:

—Doctor Baker, ¿cuál era la enfermedad concreta de Spencer?

—Recibí los informes del hospital donde primeramente estuvo internado, el de San Vicente, en Bredford... Spencer sufría una disociación de personalidad. Decía que era Barry Connors.

—¡Pero Barry era su hermano!

—Exactamente, señorita Welman. Pero no siempre era Barry. A veces, recuperaba su personalidad, y era Spencer.

—¿Actuaba normalmente cuando era Spencer?

—Era un hombre confuso. Tenía períodos en que su comportamiento era absolutamente normal. Pero en otros, sufría crisis y entonces se mostraba irritable, como un hombre peligroso. En cierta ocasión trató de estrangular a una enferma. Y, señorita Welman, lamento decírselo, pero mientras quería matarla,

pronunciaba una frase: «Tú mataste a mi hermano, Ursula».

El rostro de la joven se puso blanco como el yeso.

Robert Kerrigan le cogió una mano y la apretó.

—Tranquilízate, Ursula. Spencer Connors no está aquí.

—No, no está aquí. Pero nosotros sabemos dónde está. En Nueva York.

* * *

Eran las cuatro y media de la tarde.

Ursula entró en su oficina. Se había despedido de Robert en la calle.

—¿Qué tal te fue, Marty?

—Todo marchó bien. La señorita Miller preguntó por ti, y le dije que te habían llamado de la redacción de *Life* para una entrevista.

—¿Cómo le dijiste eso?

—Conozco a la señorita Miller y eso le dio mucha rabia. Que se fastidie.

Ursula dio un suspiro.

—Marty, tendrás que corregir tus maneras con la señorita Miller o te echará a la calle.

—Soy yo quien se irá, en cuanto ahorre un poco de dinero.

—¿Por qué?

—Viajaré a Italia. No quiero pasar la vida diseñando modelos. Yo he nacido para pintar y, si en mi país no valoran mi arte, los europeos me acogerán con los brazos abiertos.

—¿Sabes cuántos pintores americanos hay en Europa, Marty?

—No.

—Yo he leído las estadísticas. Hay unos quince mil. Quince mil muchachos que pensaron como tú. Y algunos ya están muy viejos para volver.

—¿Sabes una cosa, Ursula? Que soy un verdadero artista.

Sonó el teléfono de la mesa de Ursula. Ya tenía miedo de cogerlo. Sería Spencer Connors. Sí, ya tenía un sombre. Era el loco de Spencer Connors, porque Spencer no había muerto en aquel incendio del hospital de enfermos mentales.

—¿Sí?

—Por fin te encuentro.

—Pat, qué alegría me da oír tu voz.

—¿No te han dicho que te he estado llamando durante todo el día?

Ursula tapó el micro.

—Marty, ¿por qué no me dijiste que mi prometido me ha llamado varias veces?

—Lo olvidé. Pero fue por culpa de Raquel Welch.

—¿Vino aquí para inspirarte?

—No, cariño. Se me ocurrió hacerle un monokini.

—No me la enseñes. No quiero ni verla.

Pat gritaba desde la otra parte.

—¿Qué pasa, Ursula?

—Perdona, querido. Hablaba con Marty. Olvidó mencionarme tus llamadas.

—¿Puedo preguntarte dónde estuviste?

—En un hospital de enfermos mentales.

—¡Ursula!

—Sí, es cierto. Primero fui a Newburg, y terminé en Marcy, en ese hospital. Verás, Pat, el hombre de los anónimos es Spencer Connors... Robert Kerrigan me ayudó.

—¿Robert Kerrigan? ¿Tu nuevo vecino?

—Sí, Pat.

—Creí que no te llevabas bien con él.

—Cambié de opinión.

—¿Quieres contármelo todo?

—Desde luego, Pat.

Le relató lo que no sabía Pat, acerca de Spencer Connors y, cuando hubo terminado, Pat dijo:

—Cariño, me temo que estás obrando mal.

—¿A qué te refieres concretamente?... ¿A mi vecino Robert Kerrigan? ¿Estás celoso, Pat?

—Sólo un poco. Pero no me refería a tu vecino, sino a que este asunto debe ser conocido por la policía.

—Oh, no, Pat. No quiero publicidad. Además, todo son suposiciones nuestras... Podría seguir siendo un bromista, porque él nunca se refirió a los Connors...

—¿De verdad piensas eso?

—No, Pat, no lo pienso. Sólo tengo la esperanza de que estemos

equivocados con respecto a Spencer Connors, que él muriese de verdad en aquel incendio. Pat, esta noche te aceptaría una invitación a cenar, y te lo agradecería mucho.

—Lo siento, Ursula, pero no puedo. Me esperan dos intervenciones quirúrgicas y terminaré muy tarde.

—Entonces, estaré en casa.

—Me imagino que te hará compañía tu vecino Robert Kerrigan.

—Si tú no quieres...

—Prefiero que te haga compañía. De modo que, desde ahora, el señor Kerrigan tiene mi salvoconducto.

—Gracias, Pat, eres un tesoro.

—Hasta luego, Ursula.

Cortaron la comunicación.

Ursula trabajó hasta las seis y Marty le enseñó el monokini de Raquel Welch. Realmente, Marty había hecho un trabajo espléndido. Hasta la propia Raquel Welch se hubiese sentido satisfecha.

Los dos salieron juntos y se despidieron en la calle. Tomó un taxi para ir a casa.

Otra vez empezaba a llover.

Subió en el ascensor.

De pronto, la jaula se detuvo entre dos pisos, y las luces se apagaron.

Ursula dio un grito, al sentirse atrapada en aquel recinto, a oscuras.

—Señorita Welman —dijo una voz.

Se sintió llena de pánico. Era la voz de aquel hombre que la perseguía. Y había sonado arriba.

—¿Dónde está usted?

—Puedo estar a su lado, a la derecha o a la izquierda.

Ursula volvió a gritar, mientras giraba la cabeza de un lado a otro.

Oyó una risa.

—Señorita Welman, ¿tiene miedo?

—Sí, tengo miedo.

—No puedo decir que lo siento.

—¿Qué intenta usted?

—Ya se lo dije. Quiero matarla.

—¿Por qué, señor Connors?

—¿Qué nombre ha dicho?

—Connors. Ya sé quién es usted. Spencer Connors.

Le contestó una carcajada.

De pronto volvió la luz.

Ursula apretó el botón de su planta y el ascensor continuó subiendo.

Llegó a su destino y tuvo miedo de abrir las puertas.

Al fin se decidió, esperando ver a la otra parte el rostro del hombre que le había estado hablando, pero en el corredor no había nadie.

Salió rápidamente del ascensor y corrió al apartamento de Robert Kerrigan. Pulsó el timbre y le abrió él. Se echó en sus brazos.

—¡Robert, está aquí!

—¿Quién?

—¡Spencer Connors!

Robert miró por el corredor.

—¿Dónde?

—Detuvo el ascensor y oí su voz desde arriba.

Kerrigan sacó una pistola del bolsillo.

—Compré balas auténticas. Espérame aquí, Ursula.

—¿Adónde vas?

—Subiré a la azotea.

Echó a correr. Se metió en el ascensor y Ursula vio cómo subía.

En cada planta había dos apartamentos y ella estaba en la puerta del de Kerrigan. No se atrevía a moverse.

Hubiese preferido que Robert se hubiese quedado con ella.

Cada minuto que pasaba se sentía más llena de pánico. Aquel maldito hombre había logrado su objetivo, destrozar su sistema nervioso. Y si él se daba cuenta de que había llegado a su límite, decidiría matarla.

Encendió un cigarrillo y notó que sus roanos temblaban.

Robert Kerrigan regresó cuando tenía el cigarrillo por la mitad.

—No he visto a nadie, Ursula.

—Es lógico, está muerto.

—¿Qué dices?

—Perdona, Robert, pero ya no sé lo que te digo.

—Tienes que serenarte.

—Hago todo lo posible, pero ese hombre está llevando las cosas demasiado lejos.

La acompañó hacia su apartamento, y ella dijo:

—Robert, ¿puedes cenar conmigo esta noche?

—¿Y Pat Francis?

—Tenía que hacer dos operaciones. No podré verlo esta noche. Si te sirve de algo, él dijo que te concedía un salvoconducto para estar conmigo.

—Trato hecho. Voy a mi apartamento a traer provisiones. Tengo un vino muy bueno.

—No tardes.

—Descuida, estaré enseguida contigo.

Ursula entró en su apartamento.

Esta vez no había ningún papel sobre la mesita. ¿Para qué? Spencer Connors había logrado darle su mensaje, y esta vez había elegido el ascensor para hacerle llegar su voz.

Decidió cambiarse y pasó a su dormitorio.

Abrió el armario y, de pronto, el cuerpo de una mujer se venció sobre ella.

Ursula lanzó un aullido mientras se desplomaba.

CAPÍTULO X

Ursula no quiso mirar a la mujer. Gateó unos metros. Luego se puso en pie y corrió.

—¡Robert! ¡Robert!

Abrió la puerta de su apartamento en el momento en que llegaba Kerrigan con un paquete y una botella de vino.

—¿Qué pasa, Ursula?

—¡Ahí dentro! ¡El cadáver de una mujer! ¡En mi armario!

—¿Qué estás diciendo?

—¡Cayó sobre mí!

Kerrigan dejó el paquete y la botella en el suelo y sacó otra vez la pistola.

—Ursula, es un maniquí.

—¿Qué?

—Un maniquí. Acércate y lo verás.

La joven se aproximó.

Era efectivamente un maniquí lo que había caído encima de ella saliendo del armario.

—Lo han vestido con mis ropas. Y eso quiere decir que él estuvo aquí, trajo el maniquí, y le puso uno de mis vestidos.

—Sí, Ursula, ese hombre está loco, y quiere atemorizarte por todos los medios.

—Pues lo está consiguiendo.

—Nosotros vamos a ganar.

—¿Cómo?

—No te va a matar, Ursula, ¿lo oyes? No te va a matar. Yo lo voy a impedir.

—Pat sugirió llamar a la policía.

—Quizá sea lo mejor.

—No, Robert.

—¿Por qué no?

—Si llamamos a la policía, él huirá. Cada vez está llegando más cerca de mí. Pero con la policía, puede retirarse y tomarse un tiempo para atacarme más tarde. No, Robert, no lo podría resistir. Prefiero que se decida... Tú estarás conmigo. Actuaré de cebo... Eso es, actuaré de cebo para que él vuelva.

—De acuerdo, Ursula.

—Prepararé la cena.

* * *

Estaban cenando.

Ursula había tratado de olvidarlo todo.

Estaba contando a Robert cosas de su oficina. Le hablaba de sus compañeros, de Marty, de la señorita Miller.

De pronto, la campanilla del teléfono se puso a sonar.

Ursula se levantó de golpe de la silla y volcó un plato.

—¡Es él, Robert!

—Déjame. Seré yo quien hable esta vez con el fantasma.

Robert descolgó.

—¿Sí?... ¿Cómo?... Oh, perdone... Soy Robert Kerrigan. Tanto gusto, señor Francis. Ella está aquí... Ursula, es Pat.

La joven tomó el auricular.

—Pat.

—Hola, Ursula. ¿Hay algo nuevo?

—Estuvo aquí.

—¿En tu apartamento?

—Sí, en mi apartamento y en el ascensor.

—No te entiendo.

—Dejó un maniquí en el armario y me cayó encima. Había vestido al maniquí con uno de mis trajes.

—¿Qué es eso del ascensor?

—La jaula se detuvo mientras subía y me habló.

—¿Desde dónde?

—Creo que estaba arriba, en el techo.

—¿Qué te dijo?

—Lo de siempre, que me iba a matar.

—Ursula, esto no puede continuar así. Tenemos que llamar a la policía.

—Todavía no, Pat.

—¿Por qué no?

—He llegado a la conclusión de que es preferible que se decida de una vez por todas a intentar matarme.

—¿Cómo puedes pensar semejante cosa?

—Robert está conmigo.

—Ya lo sé.

—Tiene una pistola, y si Spencer Connors aparece, Robert le dará su merecido.

—No me gusta el plan.

—Es el mejor.

—Sigo pensando que es un asunto para la policía.

—También lo pensó Robert, pero se lo quitó de la cabeza. ¿Es que no te das cuenta, Pat? Si la policía viene, Connors huirá, pero seguirá amenazándome.

—Está bien —aceptó Pat a regañadientes.

—¿Cómo van tus operaciones?

—He realizado una, pero me queda otra.

—¿Cuánto tardarás?

—No menos de cinco horas. Será laboriosa.

—Es una lástima que no puedas venir aquí.

—Te llamaré cuando haya terminado la segunda operación.

—Sí, Pat.

Ursula colgó y se volvió sonriendo hacia Robert.

—Pat tardará cinco horas en hacer su segunda operación. No llamará hasta entonces. De modo que si vuelve a sonar otra vez el teléfono, será mi muerto que no me olvida. Voy a preparar el café.

Se fue a la cocina.

De pronto, sonó el timbre de la puerta.

Ursula salió muy deprisa.

—Robert, no abras.

Kerrigan sacó la pistola.

—No te preocupes. Puedo abrir. Si es él, va a recibir una sorpresa.

Kerrigan abrió la puerta. Era Nora Corey.

—Nora, ¿qué haces aquí?

Ella señaló la pistola.

—¿Haciendo algún numerito con tu vecinita?

—Sí, justo estábamos ensayando la parte de un guión.

—Pasaba por aquí cerca y me dije: «Quizá Robert se encuentre solo». Llamé a tu apartamento, y al no contestarme, pensé que la señorita Welman podría decirme dónde estabas.

—No te necesitaré hasta mañana, Nora.

—Como tú quieras, grandullón.

Nora sonrió a Ursula.

—Eh, chica, tú eres de las que las matan callando.

Ursula sintió que las mejillas se le encendían.

—Adiós, Nora —dijo Robert para cortar aquella enojosa situación.

—No voy a desear que te diviertas, grandullón. Tú sabes cómo hacerlo. Chao.

Se alejó de la puerta y Robert cerró y volvióse hacia la joven.

—Lo siento, Ursula.

—No tiene importancia.

—Nora no es de las que tienen una educación demasiado exquisita.

—No, ya veo que no.

Robert fue al lado de Ursula y le tomó las manos.

—Estás fría como el hielo.

—Fue el susto cuando oí el timbre de la puerta.

—Pero era Nora. Olvida al dichoso muerto.

—¿Crees que lo puedo olvidar?

—Yo te ayudaré un poco.

La besó en la boca.

—Robert, esto que hacemos no está bien. Estoy prometida a Pat Francis.

—Pero todavía no estás casada con él.

—Eso ocurrirá dentro de dos semanas.

Robert la volvió a besar y dijo:

—Todavía puedes cambiar de opinión.

—¿Qué quieres decir?

—Tú no quieres a Pat Francis.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo leí en tus ojos.

—¿Y qué estás leyendo ahora en ellos?

—Algo muy interesante.

—Dilo.

—Me quieres a mí. Te estás enamorando de mí.

—Eres un presuntuoso.

Pero Robert la continuaba abrazando y ella no se apartaba.

Robert sonrió de aquella forma tan simpática porque se le formaba un hoyuelo en cada mejilla.

—Robert, creo que tienes razón... Me estoy enamorando de ti.

—Eso es maravilloso.

—Para Pat no lo va a ser.

—Los hombres se consuelan pronto.

—Pero lo nuestro es increíble.

—¿Por qué?

—Ayer no nos conocíamos.

—A veces bastan unas horas para que un hombre y una mujer se conozcan.

Robert la volvió a besar.

Ursula se sintió transportada en una nube. Sí a ella le estaba pasando eso. Por fin se estaba enamorando. Siempre había tenido dudas con respecto a sus sentimientos. Sentía por Pat afecto, amistad, pero ahora comprendía que no era amor.

Estaba segura de ello.

—Será mejor que vaya a hacer el café.

—Sí, querida.

Fue otra vez a la cocina y puso la cafetera al fuego.

Cerró los ojos y oyó su voz interior.

«Sí, Ursula, por fin te has enamorado, y no de Pat Francis, sino de un hombre que el destino puso a tu lado. Robert Kerrigan es el hombre que tú has estado esperando durante tantos años».

—Señorita Welman...

Se volvió gritando porque había oído la voz de aquel hombre, del miserable.

Pero el que estaba en el hueco era Robert Kerrigan, muy serio, los ojos agrandados y un gesto de dureza en el rostro.

—¿No me reconoce, señorita Welman? Soy su muerto que no la olvida.

CAPÍTULO XI

Ursula estaba inmóvil y fría como una estatua de mármol.

—Robert, ¿estás bromeando?

—No, querida.

—Estás imitando la voz de ese hombre.

—No. Yo soy ese hombre.

—Por favor, Robert, no sigas.

—Soy Spencer Connors.

—Es absurdo. Por favor, deja ya de asustarme. Lo conseguiste al principio, pero ahora sólo me harás reír.

—Soy Spencer Connors —repitió Robert.

—No, no lo eres.

—¿Por qué crees que no?

—Olvidas algo importante. El doctor Baker te hubiera reconocido.

—No podía hacerlo porque mi cara es distinta a la que él conoció.

—Un hombre no puede cambiar tanto en un año.

—Puede cambiar, querida, si le han hecho mía operación de cirugía estética.

—¿Por qué habían de cambiártela?

—Por las quemaduras que sufrí, y porque me convenía.

Ursula sintió un escalofrío.

El doctor Baker había dicho que Spencer Connors y otros seis dementes habían sido calcinados por el incendio de aquel pabellón, y si alguien se hubiese salvado, era lógico que sufriera quemaduras.

—Robert, hace un momento me dijiste que me querías.

—No, no dije eso.

—¿Cómo qué no?

—Dije que tú te estabas enamorando de mí, y ésa es una de las cosas que yo trataba de conseguir.

—¿Enamorarme? ¿Para qué?

—Es el complemento de mi venganza.

—Robert, ¿cómo quieres que te pida que dejes de hablarme así?

—Piensa, querida, piensa un poco en todo lo que te ha pasado. Acertaste al principio. Yo fui el de las llamadas. Acertaste también en que yo pude introducirme en tu apartamento y dejarte el mensaje escrito. Pero logré ganar tu confianza, disipar tus dudas.

—¿Por qué?

—Para impedir que llamasas a la policía.

—Tú mismo lo sugeriste.

—Sí, yo lo sugerí, pero sabía que tú ibas a impedir que lo hiciese... Ya tenías absoluta confianza en mí y yo tenía una pistola con balas auténticas. Haría frente al fantasma cuando viniese.

Ursula estaba cada vez más intranquila. En un principio cuando Robert empezó a hablarle con la voz de aquel hombre, pensó que hacía una imitación, pero ahora se daba cuenta de que Robert podía ser realmente Spencer Connors.

Sin embargo, dijo:

—No, nadie puede sufrir una operación de cirugía estética y tener una nueva cara.

—Yo estuve en manos del mejor cirujano.

—No tendrías dinero para pagarle.

—No, no tenía un centavo.

—Entonces, ¿por qué iba a hacerte una operación tan perfecta, cambiar tu cara por otra que parece tuya?

—La respuesta es muy sencilla.

—Quisiera oírla.

—El doctor Richard Morey fue un paciente del hospital de Marcy, un compañero mío. Nos llevábamos muy bien. En una ocasión le salvé la vida. Trató de cortarse las venas y yo lo impedí. El fue dado de alta y se marchó de allí, pero yo tenía su dirección, y por ello pude ir a su casa cuando salí de Marcy.

—No pudiste salir de Macy... En el pabellón incendiado encontraron siete cadáveres y entre ellos estaba el de Spencer Connors.

—No, no estaba el mío. El doctor Baker se equivocó. Y te voy a

decir por qué. Porque yo provoqué ese incendio.

—¿Cómo?

—Sí, querida, yo necesitaba que me diesen por muerto, entre otras cosas porque tenía que salir de allí. En aquel pabellón, supuestamente, tenía que estar yo. Estuve esperando la oportunidad y al fin se me presentó. Una mañana llegó un mendigo. No estaba tampoco muy bien de la cabeza. Yo lo escondí en el pabellón. Fui el único en verlo. Ya estaban los siete listos para ser asados como pavos en Navidad. Sólo tenía que prenderle fuego al horno, y es lo que hice. —Robert sonrió—. ¿Inteligente, verdad?

Ursula lo miró con horror.

—Robert, ¿te das cuenta de lo que dices?

—Sí, nena, me doy perfecta cuenta.

—¡Eres un asesino!

—No, no lo soy.

—¡Mataste a siete personas!

—Les hice un favor. Eran siete pobres hombres que vivían sin esperanza. Valían más muertos que vivos.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Sufrían. Vivir en este puerco mundo no es nada deseable. Te lo aseguro yo, que estoy muerto.

—Pero Robert...

—¡No soy Robert!

—Muy bien, te llamaré Spencer.

—¡No soy Spencer! Soy Barry Connors.

Aquel hombre estaba furioso.

Ursula retrocedió.

Su brazo casi tocó la cafetera y lo retiró al quemarse.

De pronto, vio una posibilidad de librarse de Robert.

Podía ser la única forma de escape. Tenía que arrojarle la cafetera a Spencer, o Robert, o Barry, como quiera que dijese llamarse.

—¡Soy Barry Connors! ¿Me oyes? Y me ahogaste tú.

—No, Barry —dijo ella, llamándolo como él quería—. Yo no te maté.

—¡Fuiste tú!

—Ni siquiera te ahogaste en el lago. Te sacaron con vida.

—Me sacaron con vida para que tú me pudieras matar.

—Yo estaba inconsciente, Barry. Me sacaron del agua y me llevaron al hospital. Por fortuna para mí, el pulmón de acero estaba libre y me pudieron meter en él. Gracias a eso, me devolvieron la vida.

—¿Por qué? ¿Por qué tú? Contéstame, Ursula. ¿Por qué tú y no yo? Tú sabes que yo era el muchacho más inteligente de la clase. ¿Sabes que decían de mí los profesores? Que llegaría muy lejos. Poseía una memoria privilegiada. A los trece años sabía cuatro idiomas. Hubiese sido un talento como Einstein, o quizá mejor que él. Sí, es posible que hubiese sido el hombre más inteligente de la tierra. ¿Y qué eras tú? Una niña vulgar, una niña como las hay por miles o por millones... ¿Qué has hecho tú con tu maldita vida? ¿Qué es lo que eres?

—Una diseñadora de modas.

—Una diseñadora de modas —repitió él, con sarcasmo—. ¡Qué gran profesión!

—Cumpló un fin.

—¿Qué fin? ¿Convertir a las mujeres en más estúpidas? ¿Ofrecerles más objetos para coquetear con los hombres?

—Es posible.

—¿Y a eso tú le llamas un fin?

—Lo es.

—Sólo dices tonterías. ¿Sabes lo que hubiese hecho yo, Barry Connors, en la vida?

—Lo ignoro, y tú también lo ignoras.

—¡No, no lo ignoro! ¡Yo sé lo que hubiese hecho! ¡Hubiese hecho descubrimientos, hubiese inventado! ¡De mi cerebro hubiesen salido fórmulas!

—Es posible que hubiesen salido fórmulas, pero quizá hubieses inventado nuevas armas para destruir a la humanidad.

Ursula se revolvió y atrapó la cafetera.

La lanzó contra Robert. Pero éste se apartó a tiempo. La cafetera golpeó contra la pared y cayó al suelo derramando su contenido, el café hirviendo.

El rostro de Robert parecía tallado en piedra.

—¿Qué has hecho, Ursula?

—Sólo intentaba librarme de ti.

—Pero has fracasado.

—Estás loco. Robert, por favor, deja que te lleve.

—¿Adónde?

—Al hospital.

—Conque quieres que vuelva a Marcy.

—Marcy está demasiado lejos. Tú estás muy grave. Te llevaré a la clínica más cercana.

Robert se echó a reír.

—¿Qué les dirás a los doctores? «¿Aquí tienen a Barry Connors, que murió hace trece años?».

—No, no les diré eso.

—¿Qué les dirás, entonces?

—Aquí tienen a Spencer Connors. Cuídenlo porque necesita urgentemente su ayuda.

—Bravo. La buena chica está tratando de convencer al loco para que él renuncie a su venganza.

—No tienes que vengar nada. ¡Yo no maté a Barry! Fue una pura casualidad. Sólo el azar decidió nuestras vidas. Si a Barry lo hubiesen encontrado antes, él hubiese ocupado el pulmón de acero que estaba libre, y cuando a mí me hubiesen llevado al hospital, no hubiesen podido hacer nada. Yo hubiese muerto y Barry se hubiese salvado. ¿Por qué no se te mete eso en la cabeza, Spencer?

Robert se golpeó la frente con el puño cerrado.

—Se me metió aquí, ¿lo oyes? Se me metió aquí hace trece años y no lo he podido sacar.

—Ojalá hubiese tenido amistad contigo, Spencer... Tú y yo hubiésemos podido hablar. Pero apenas nos veíamos.

—¡Yo te veía a ti todos los días!

—¿Qué?

—¡Yo te veía todos los días!

—¿Cuándo?

—Cuando salías de la escuela. ¿Te acuerdas del prado que había allí, donde crecía la maleza?

—Sí, lo recuerdo bien.

—Había una verja medio derrumbada. Yo estaba detrás de la verja cuando tú salías. La mayor parte de los días estaba allí, mirándote, y yo decía: «Ahí está la que mató a tu hermano, Spencer. Barry está muerto por culpa de ella. Ella mandó al otro mundo al bueno de Barry. Mírala, llena de vida, riendo. Tienes que prometer

una cosa. Promete que un día acabarás con Ursula Welman».

Llenó los pulmones de aire.

—¡Y ese día ha llegado ya! ¡Ese día ha llegado! ¡Y es hoy! ¿Me oyes? ¡Hoy!

CAPÍTULO XII

Ursula recordó la pistola que él guardaba en el bolsillo. Robert había comprado balas auténticas.

—Robert...

—¡No me llames Robert!

—Iba a preguntarte cómo pudiste meterte en la televisión.

—Eso también se lo debo al doctor Morey.

—Creí que sólo arreglaba caras.

—El doctor tiene un cuñado que trabaja en una de las estaciones más importantes de televisión.

—Pero imagino que no bastará con una recomendación para escribir guiones.

—No. Hay que poseer talento, ingenio. En poco tiempo conseguí demostrar que yo poseía esas cualidades.

—¿Por qué no seguiste abriéndote camino como escritor? Tenías un nuevo nombre con un nuevo rostro. Nadie sabía que Robert Kerrigan era Spencer Connors, excepto el doctor Morey. Tenías una gran carrera por delante como Robert Kerrigan.

—Sí, eso es cierto.

—A condición que me olvidases.

—Pero yo no te podía olvidar, Ursula.

—¿Por qué no lo intentaste?

—No. Yo no quería olvidarte porque mataste a Barry.

—No, no es ésa la razón de que me recordases.

—¿Cuál es, según tú?

—Te enamoraste de mí, Spencer.

—¿Qué?

—¿Es que no te has dado cuenta, Spencer? Fue el amor y no el odio lo que hacía que no te olvidases de mí.

Formaba parte de su treta. Tenía que hacerlo, acercarse a Robert, conseguir que él la besase. Mientras tanto, ella se apoderaría de la pistola. Estaba llena de miedo, pero tenía que intentarlo.

Robert rió.

—Conque yo me he enamorado de ti. ¿Cómo Robert, como Spencer, como Barry?

—Los tres.

—¿Qué quieres decir?

—Te has enamorado de mí sucesivamente.

—No te entiendo.

—Yo era la favorita de Barry y tú lo sabes. El me escribía cartas en el colegio. Aún recuerdo lo que me decía en ellas.

—No quiero oírte.

—Barry me escribía en sus cartas: «Te quiero, Ursula»... «Te querré siempre, Ursula»...

—¡No!

—Sí, todo eso me escribía. Y probablemente tú lo sabes, Spencer. Barry te hacía su confidente, ¿verdad, Spencer? Dormíais en el mismo cuarto. Puedo imaginar que durante la noche, cuando os dispusieseis a dormir, Barry te diría: «Oye, Spencer; quiero a esa chica, a Ursula».

Los ojos de Robert parpadearon.

—De acuerdo, Ursula. Barry me decía todo eso.

—Gracias por reconocerlo.

—Sí, él te quería. Hasta en eso era precoz. Quería a la chica más hermosa de Newburg.

—Y eso te dolía.

—¿Cómo?

—Tú sentías celos... Tú eras un par de años mayor que Barry. Y ahora comprendo que sentías celos de tu hermano. Tú también me querías.

—¡No digas eso!

—Por eso, cuando murió Barry, te ponías detrás de aquella verja, entre la maleza, junto al colegio, para verme.

—Tenía que verte para seguir odiándote.

—No intentaste hacer nada contra mí. Si me hubieses odiado, como tú dices, me hubieses atacado durante la noche. Tuviste

muchas oportunidades para hacerlo. Habría bastado simplemente con que me hubieses arrojado una piedra. Sí, Spencer, yo iba muchas veces sola por Newburg o los alrededores. Y ahora estoy segura de que, en muchas de esas ocasiones en que yo creí encontrarme a solas, tú estarías muy cerca.

—Es verdad. Te seguí en muchas ocasiones.

—Pudiste matarme más de una vez, pero no lo hiciste porque me querías. ¡Tú me querías, Spencer!

—¡He dicho que no quiero escucharte!

—¡Me querías! ¡Y ahora ha vuelto a ocurrir!

—¡Si no te callas, te estrangularé con mis propias manos! No quiero hacerlo, ¿lo oyes? ¡Tengo que cumplir mi promesa!

—¿Tu promesa?

—La de llevarte al lago. Tienes que morir allí, en el sitio donde debiste morir aquella vez, en el lago de los Sauces.

—Spencer, déjame que te diga una cosa. Una sola cosa. Bajo tu personalidad de Robert Kerrigan te has vuelto a enamorar de mí.

—No.

—¿Te das cuenta de la clase de juego que has realizado conmigo? Pudiste matarme anoche, o hace un rato. Hemos estado solos. Y sin embargo, ¿qué has hecho, Robert? Has estado amable conmigo y me besaste y me tuviste entre tus brazos. Ayer un hombre al que yo creí amar, me pidió que fuese su mujer y le respondí afirmativamente. Sin embargo, bastó con que tú te acercases y me mirases y me hablastes para que ese amor que yo sentía por Pat Francis se tambalease. Y te he amado a ti, Robert. Borré de mi mente a Pat Francis y te puse a ti en su lugar.

Robert sonrió.

—Eso estuvo bien, Ursula. No me negarás que estuvo bien.

—Sí, Robert; tu actuación fue magnífica.

—Gracias.

—Pero ahora terminó la comedia. Ya dejamos de representar y ahora cada actor debe recuperar su verdadera personalidad.

—Correcto.

—Tú ya no eres Robert Kerrigan.

—No, no lo soy.

—Eres Spencer Connors.

—No, no soy Robert Kerrigan. Ni tampoco soy Spencer

Connors... Soy Barry Connors... ¿Es que no te acuerdas de mí? Soy aquel muchacho que te escribía aquellos papelitos. «Te quiero, Ursula»... «Siempre te querré, Ursula»...

—Yo también te quiero.

—¿Como Robert?

—No.

—¿Cómo Spencer?

—No.

—¿Cómo Barry?

—Sí, te quiero como Barry.

El guardó silencio mientras Ursula se acercaba.

—Barry, bésame.

—No.

—Has deseado mis besos.

—Eso fue hace siglos.

—Entonces lo has estado deseando durante siglos... Barry, nunca me besaste, ¿recuerdas? Tú y yo jugábamos. Pero cuando jugábamos, nunca te aprovechaste de mí. Ahora te lo pido... Bésame, Barry.

El titubeó. Pero finalmente la rodeó por la cintura.

Sus labios se juntaron. Ursula metió la mano en el bolsillo de él. Se apoderó de la pistola y saltó hacia atrás.

Robert estaba bajo la impresión del beso y no reaccionó.

Ella lo apuntó con la pistola.

—Estate quieto, Robert.

Los ojos de él se entornaron.

—Así que todo es mentira. ¡Me has engañado, Ursula! ¡Te has comportado como una mujerzuela!

—Me obligaste a ello.

—¡Eres una cualquiera!

—¡Escúchame, Robert, o Spencer, o Barry! ¡No quiero hacerte daño!

—Dame esa pistola.

—No, te la daré. Tienes que escucharme. Por favor, tienes que ser el Robert Kerrigan que yo conocí. Eras inteligente, optimista y cariñoso... Ésa es tu verdadera personalidad. ¿Me oyes, Robert? Y si eres Robert, podrás entenderlo todo. Porque tú no tienes nada que ver con Barry, ni con Spencer. Eres un adulto y te ganas la vida

maravillosamente con tu talento. Tienes que comprender a esta mujer si te jura que ella no tuvo nada que ver con la muerte de Barry... Robert, tienes que ver los hechos objetivamente. Tienes que desligarte de la personalidad de Barry y de Spencer, y entonces lo comprenderás.

Robert dio un paso hacia ella.

—No te acerques, Robert.

El siguió andando y Ursula retrocedió.

—Por lo que más quieras, Robert, no me obligues a disparar. ¡Juro que no quiero matarte, no quiero! ¡Pero si continúas avanzando, lo haré!

Ursula chocó contra la pared.

Él se le echó encima y entonces ella apretó el gatillo. Se produjo un estampido.

Robert se quedó quieto.

Ursula miró al lugar del cuerpo de él al que había disparado, el vientre, pero Robert no mostraba ningún agujero.

El lanzó una carcajada.

—No compré balas auténticas, Ursula. Seguí utilizando las de fogueo. No necesitaba las de verdad, porque yo era el hombre que te estaba atormentando y no podía matarme a mí mismo.

Ursula se sintió desfallecer.

Robert alargó la mano y la cogió por la muñeca armada y le quitó la pistola.

—Vas a venir conmigo, Ursula.

—¡No, no iré contigo!

—Iremos a Newburg, al lago de los Sauces.

—¡Gritaré, pediré socorro!

Robert guardó la pistola y, en su lugar, sacó un cuchillo.

—Tú no gritarás ni pedirás auxilio, Ursula, porque en cuanto des un grito, juro que te degollaré. Serás obediente. Vendrás conmigo en el coche y harás el viaje como una ovejita porque te ataré los pies y las manos, y cuando llegemos al lago, habrá terminado tu viaje.

CAPÍTULO XIII

Estaban llegando al lago.

Spencer silbaba mientras conducía.

Ursula iba en el asiento de al lado, atadas las manos por delante, y también tenía atados los pies. Se cubría con un abrigo.

No habían tenido que detenerse.

La noche seguía oscura y estaba lloviendo.

—Spencer.

—Dime, cariño.

—¿Por qué no me perdonas?

—Ah, no, eso sí que no.

—Te atraparán...

Spencer no dijo nada.

—No has pensado en eso, ¿verdad, Spencer?

—Te equivocas, Ursula.

—Entiendo. Vas a huir.

—No, no voy a huir. Volveré a mi apartamento. Al lado del tuyo. Soy tu vecino, el hombre que trató de echarte una mano.

—Pero Pat Francis sabe que estás conmigo.

—Sí, y yo debía cuidarte, pero tuve mala suerte. Tan mala suerte como la tuvo Barry.

—¿Cuál va a ser tu mala suerte?

—Ese hombre que te amenazaba me dejó sin sentido y logró sacarte del apartamento. Es la mar de sencillo. No tiene ninguna complicación. Yo soy Robert Kerrigan, un guionista de la televisión, un tipo muy simpático. Figúrate si soy simpático que traté de ayudarte. Tu prometido, el respetable doctor Francis, me dará las gracias por haber tratado de ayudarte. Naturalmente, yo estaré muy afligido... Sí, yo le diré a tu doctor: «Señor Francis, me considero

culpable de todo lo que le ha pasado a Ursula. Es horrible. Perdóneme, señor Francis, pero yo también me enamoré de ella. Nada más verla, me enamoré. Usted lo comprende, ¿verdad, doctor Francis?... Ella era tan hermosa... Y ahora la hemos perdido los dos... Usted que se iba a casar con ella, y yo que la amaba sin esperanza»... Lindo, ¿verdad?

—¡Eres un monstruo!

Spencer soltó una risotada.

—Ya veo que no te gustan mis disculpas.

Spencer hizo frenar el vehículo.

Ursula miró asustada por la ventanilla.

Spencer se volvió hacia ella y dijo:

—Querida, ya hemos llegado a tu fosa.

Spencer abrió la portezuela de su lado.

Y Ursula vio cómo se acercaba a la orilla.

Hizo un esfuerzo y abrió con el codo la portezuela.

Empujó ésta y se dejó caer con suavidad.

La tierra estaba blanda y rodó. Su carne golpeó contra las ramas de los arbustos. Se despegó una rodilla. Pero no gritó. Continuó dando vueltas hasta llegar al fondo de aquella hondonada, donde había agua y barro.

Quedó sentada e hizo fuerza con sus manos para librarse de las ligaduras, pero no lo consiguió. Entonces, alargó las manos y se libró de las cuerdas que unían sus tobillos.

Podía correr.

Oyó la voz de Spencer.

—¡Ursula!

Quedó inmóvil allá abajo, conteniendo la respiración.

—¿Dónde estás, Ursula?...

Ella continuó sin moverse.

—No vas a escapar de mí... Querida, aquí no hay nadie. Estamos muy lejos de Newburg.

Ursula se levantó y echó a correr.

De pronto tropezó contra una rama y cayó, armando mucho ruido.

Sintió que el cabello se le erizaba al oír la risa estridente de Spencer.

—¿Adónde vas, Ursula?...

Se levantó y siguió corriendo.

El reía y reía, y cada vez oía su risa más cerca.

De pronto, la joven vio unas ruinas. Recordó que allí había habido una fábrica de harinas.

Corrió con todas sus fuerzas.

Llegó a las ruinas, se deslizó por un hueco y se dejó caer.

Por un momento creyó que se rompería la cabeza o la espina dorsal. Pero golpeó contra la hierba y rodó, deteniéndose junto a unas piedras musgosas. Allí quedó inmóvil.

Oyó los pasos de Spencer cuando llegaba a las ruinas.

—Ursula, sé que estás ahí... Te has escondido... Oye, muchacha, quiero confesarte algo. No te traje para ahogarte... No, señor... No quiero matarte... ¿Sabes quién soy? Robert Kerrigan... No me interesa ser otra persona, ni Spencer ni Barry... Sólo trataba de asustarte... Ésa era la venganza que te había preparado... Compréndelo... Yo había hecho una promesa a Barry y no le podía fallar... Y he logrado lo que pretendía, meterte miedo en el cuerpo... Pero ahora todo terminó. Si me dices dónde estás, iré a recogerte y volveremos juntos a casa... Recuerda que Pat Francis te esperará dentro de un rato... No puedes defraudarlo... Te quiere... Serás feliz con él... Te espera una vida muy dichosa, Ursula... Sólo tienes que decirme dónde estás.

No, Ursula no podía creerlo y por eso continuó en silencio.

—¡Ursula!...

La voz de él estaba cargada de furia.

—Será mejor que me digas dónde estás... No podemos estar aquí toda la noche... Está lloviendo... ¿Es que quieres atrapar una pulmonía?

Ursula sonrió con amargura. Spencer no quería que atrapase una pulmonía. No, sólo quería ahogarla en el lago.

—De acuerdo, Ursula, te voy a demostrar que quería regresar a Nueva York contigo... Regresaré solo, ¿lo oyes? ¡Ahí te quedas!... ¡Me voy al auto! ¡Tendrás que hacer el camino a pie hasta Newburg!...

Oyó sus pasos que se alejaban.

Ursula levantó la cabeza por encima de las piedras y lo vio desaparecer por el hueco de las ruinas.

Esperó un minuto, dos. De pronto, oyó el motor del coche.

¿Sería verdad que se iba?

Lo deseó con todas sus fuerzas.

El coche arrancó y el ruido del motor se fue perdiendo.

Ursula trepó por las piedras y salió de las ruinas.

Huiría en sentido inverso al que seguía Spencer, y luego trazaría un semicírculo para llegar a Newburg.

Subió por una colina y descendió por el otro lado.

De pronto, unos faros se iluminaron delante de ella, como a unos cincuenta metros, y la deslumbraron.

—¡Oiga! —gritó Ursula esperanzada—. ¡Auxilio!

Y le contestó la risa escalofriante de Spencer.

¡Era él!

El motor del coche rugió y los faros que la seguían deslumbrando avanzaron rápidamente hacia ella.

—¡No!... ¡Por favor, no!...

Allí no había maleza ni arbustos. Era un prado casi llano.

El coche se precipitaba sobre ella.

Ursula saltó en el último momento y rodó por la hierba.

El automóvil, como un monstruo jadeante, pasó muy cerca de su cuerpo.

La joven se levantó y echó a correr.

Oyó a sus espaldas el chirrido de las neumáticos y de los ejes, porque estaba dando la vuelta, y Spencer gritó:

—¡Ursula! ¡No corras más, Ursula!... ¡Estás atrapada!...

Ella siguió corriendo. Su camino fue iluminado porque el coche ya corría detrás, apuntándole con sus faros.

Ursula sollozaba, el rostro bañado por la lluvia, sus ropas mojadas y llenas de barro, con las manos atadas.

—¡Pat! ¿Dónde estás, Pat?...

El motor seguía rugiendo y cada vez estaba más cerca. Ursula tuvo que detenerse para evitar que Spencer la alcanzase por detrás.

Se volvió para defenderse de la embestida del auto. Otra vez quedó deslumbrada.

—¡No, Robert!... ¡No!...

Pero Spencer no movió el volante y el coche siguió corriendo hacia ella. Y en el último momento, Ursula logró saltar. Pero esta vez el guardabarros delantero la golpeó en el muslo y la volteó.

Ursula sintió un gran dolor en la pierna. Trató de levantarse.

«Tienes que ponerte en pie, Ursula, tienes que ponerte en pie».

Sabía que contaba con unos segundos, mientras Spencer daba la vuelta al vehículo para emprender un nuevo ataque.

Ursula logró levantarse y siguió avanzando, pero ahora cojeaba de la pierna que había recibido el golpe.

Oyó gritar a Spencer.

—¡Ursula!... ¡Hermosa y bella Ursula!... ¡Barry te está esperando!... ¡Tienes una fosa y tienes que ocuparla!... ¡Yo te ayudaré a llegar a ella, linda Ursula!...

La joven derramaba lágrimas que se mezclaban con la lluvia que golpeaba en su cara.

Una vez más, el coche se dirigió hacia ella.

Sentía una fuerte opresión en el pecho.

Ya apenas avanzaba. No podía más. Había llegado al límite de sus fuerzas.

Tropezó de nuevo y cayó.

Se irguió hasta quedar de rodillas, de frente al coche que corría hacia ella.

Los faros la deslumbraron como antes, pero ya no se movió. Quería llegar al final. Sí, aquella muerte era preferible a seguir escuchando a Spencer, y sobre todo, a morir ahogada.

Los dos faros avanzaban como los ojos de un dragón y ella cerró los suyos y esperó el golpe fatal.

De pronto, oyó chirriar los frenos.

Cuando abrió los ojos, vio brillar el metal del coche a menos de un palmo de su cara.

Y por encima de uno de los faros, vio aparecer el rostro de Spencer.

—¿Te rendiste, Ursula?...

—¡Acaba conmigo, por favor!... ¡Acaba conmigo!

—Sí, nena, acabaré contigo. Pero será en el lago.

—¡Aquí mismo!

—No, aquí, no.

—¡Clávame el cuchillo!

—Le prometí a Barry que morirías como él, ahogada.

EL se acercó a ella y la cogió por el cabello, tirando fuerte.

—Arriba, Ursula.

—No puedo andar.

—Muy bien, preciosa, te arrastraré.

La cogió por las muñecas y ella cayó en el suelo, y él entonces empezó a arrastrarla por la hierba.

Ursula gritó, quejándose y él dijo:

—Estamos muy cerca del lago, Ursula... Vamos a llegar enseguida.

La siguió arrastrando, usando su fuerza.

—Animo, Spencer —dijo él—, ya estás llegando al fin. Han tenido que pasar muchos años... ¿Te acuerdas cuando estabas en Marcy?... ¿Cuántas veces has soñado con esta noche?... Es tu gran noche, Spencer... Aquí tienes a Ursula. Esa mujer que gime y solloza, es ella... ¿Cuántas veces has soñado con esta escena?... Muchas, por centenares...

Habían llegado a la orilla otra vez.

Ursula vio el reflejo del agua.

Spencer dijo:

—Bien, nena, hemos llegado. Aquí hay bastante profundidad... Un empujón y caerás en el agua... Te sostendrás un poco. Es lógico, porque te servirás de las piernas... Sí, las tendrás que mover muy aprisa, pero terminarás por hundirte. Y luego se acabó. ¿Me oyes, Ursula?

Ursula se mordió el labio inferior.

—¿Por qué no me contestas, Ursula?

—No puedo.

—Ha llegado el momento de la despedida... ¿Qué se te ocurre?

—Te perdono, Spencer.

—¿Cómo?

—Que te perdono, Spencer... No eres responsable de tus actos.

—¡No digas eso!

—No, no lo eres. Pero ya no importa... He tratado de hacerte comprender. Pero no lo he conseguido... Anda, termina ya.

El la cogió por un brazo para empujarla hacia el lago.

—¡Alto! —Se oyó una voz.

Spencer volvió la cabeza bruscamente.

Varias linternas enfocaron aquel lugar.

Spencer trató de empujar a Ursula, pero ella se dejó caer en el suelo, cuando empezaba a recibir el impulso.

Spencer resbaló en el terreno húmedo que pisaba y cayó hacia

adelante.

Su cabeza golpeó contra la punta de una roca y se derrumbó en el agua.

—¡No! —gritó Ursula—. ¡No!

Varios hombres estaban corriendo hacia allí.

—¡Ursula! —Era la voz de Pat.

—Oh, Pat...

Ella se echó en los brazos de Pat.

—¿Estás bien, Ursula?...

—Sí... ¡Pero que salven a Robert!

Varios hombres estaban iluminando el lago con las linternas.

Uno de ellos dijo:

—No se le ve.

—Usted sabe nadar bien, sargento. Arrójese.

—Sí, teniente.

Un hombre se despojó de la chaqueta y se arrojó de cabeza al lago. Reapareció al cabo de unos segundos.

—Está muy oscuro aquí abajo. No lo he visto... Le intentaré otra vez.

Volvió a sumergirse y esta vez lo hizo por más tiempo.

Pero también reapareció solo.

—Lo siento, teniente. Hay una corriente muy fuerte. Debe de haber sido arrastrado por ella.

—¿Cómo diste conmigo, Pat? —gimió Ursula.

—Aplacé la operación para mañana. Fui a tu casa, pero no estabas allí. Vi la cafetera en el suelo y la pistola. Llamé enseguida a la policía. Entramos en el apartamento de Kerrigan. Tenía un magnetofón con una cinta puesta y en ella decía unas cosas muy raras.

—¿Qué decía?

—«Barry, hoy quedarás satisfecho...». Y otras frases que hablaban de este lago. Todo quedó claro y nos pusimos en marcha hacia aquí. Menos mal que llegamos a tiempo.

—Oh, Pat, era un pobre loco.

Pat la estrechó contra sí.

—¿Sabes una cosa, Ursula?... Que he decidido adelantar nuestra boda.

—Sí, querido.

—Mis ayudantes tendrán que trabajar un poco más. Yo me voy contigo de luna de miel y no será cerca de Nueva York... ¿Qué te parece un viaje a Europa? Ursula sonrió, aunque seguía llorando.

—Sí, Pat. Me parece muy bien, Pat...

Y él la besó cálidamente en los labios.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).